

LOS AUTORES DEL *AJBĀR MA'YMŪ'A*: ¿LOS TAMMĀM B. 'ALQAMA?

Dolores OLIVER PÉREZ
Universidad de Valladolid

Hace bastantes años, cuando leí por primera vez el *Ajbār Ma'ymū'a*, creí descubrir que me encontraba ante una obra con particularidades que parecían diferenciarla del resto de la historiografía hispanoárabe y empecé a preguntarme por los posibles responsables de su creación.

Desde luego no estaba ante esos cronistas del grupo de los *mawālī* que, según Dozy¹, “no escribieron la historia de la nación, sino la de la familia real”. Los autores del *Anónimo de París* dirigían su foco de atención hacia un periodo muy breve, de unos veinte años (740-759), el correspondiente a las “hazañas” de los sirios que entraron en al-Andalus con Bal'î y gracias a los cuales Ibn Mu'āwiya consiguió derrocar a Yūsuf y restaurar la dinastía omeya, fragmento que ocupaba la mitad de las páginas y semejaba representar el núcleo original de la obra. Una importancia muy secundaria prestaban tanto al periodo de la conquista y de los *walīes* como al reinado de los soberanos omeyas. Además de dedicarles un espacio muy inferior, no se preocupaban de recoger de manera metódica los principales acontecimientos que habían tenido lugar en esos dos siglos y medio, sino que se limitaban a consignar aquellos datos, sucesos o anécdotas que para ellos encerraban un mayor interés.

Por otro lado, la lectura del *Ajbār* me había hecho sentir que sus autores, a pesar de vivir en diferentes etapas históricas, compartían unos mismos sentimientos, que les impulsaban a ofrecer una visión de la historia de al-Andalus muy diferente a la que transmitían Ibn al-Qūṭīyya, al-Rāzī o Ibn Ḥayyān, claros defensores de la casa reinante. Mis sospechas se confirmaron al realizar un análisis minucioso de la crónica atribuida al primero, a la vista de la obra que había despertado mi interés, porque el estudio contrastado de ambas ponía claramente de manifiesto la imposibilidad de seguir afirmando que los compositores del *Anónimo* pertenecían al linaje de Qurayš o eran “individuos de la familia omeya”, aspecto del que informé en un artículo

¹ Cfr. *Bayān*, p. 19. En este artículo, al aludir a opiniones de R. Dozy, remitimos a la introducción de su ed. del *Bayān al-mugrib*, Leiden, 1848-51.

centrado en las expresiones utilizadas por diversos cronistas para definir a los grupos humanos andalusíes².

He de confesar que lo que me animó a buscar, a través de diversos caminos, a los posibles autores del *Ajbār*, fueron unas palabras de Ribera, que Sánchez Albornoz³ decía compartir: “todos ellos siguen una tendencia de raza o de clase, como si pertenecieran a una sola familia o linaje”⁴, porque, de ser acertada dicha teoría, podría facilitar la labor de investigación. Estaba convencida de que los sucesivos redactores habían ocupado cargos gubernamentales y gozado de la amistad de los príncipes, y ello significaba que no serían demasiado difíciles de localizar si daba dos pasos consecutivos. El primero consistiría en analizar cada fragmento por separado y tratar de perfilar la personalidad de su autor, pero sin partir de ideas preconcebidas sino de lo que la lectura del *Ajbār* me sugiriera; el segundo, buscar en trabajos históricos y biográficos una familia en la que todos pudieran encajar.

Aunque soy consciente de que la meta propuesta es demasiado ambiciosa, quiero aprovechar este homenaje a la gran arabista y mejor persona Soledad Gibert, para informar de los estudios realizados que me han llevado a sospechar de un grupo familiar en particular. Naturalmente, lo que aquí presento es una hipótesis que podrá ser rechazada, pero que, por estar parcialmente cimentada en razonamientos y datos hasta ahora no destacados, puede ser de utilidad para los arabistas y quizá promover nuevas investigaciones siguiendo caminos diferentes a los ya marcados.

En este artículo no me atengo al esquema utilizado como base de mi investigación ni incluyo una parte importante de los apuntes reunidos. La necesidad de presentar mis conclusiones sin extenderme en demasía me ha obligado a preparar dos trabajos a partir de las notas tomadas, que suman más de un centenar de páginas.

² Oliver, D., “Una nueva interpretación de «árabe», «muladí» y «maula» como voces representativas de grupos humanos”, *Proyección histórica de España en sus tres culturas*, Valladolid, 1993, 143-55.

³ *El «Ajbār Maǧmūʿa», cuestiones historiográficas que suscita*, Buenos Aires, 1944 (citada SA, *Ajbār*). Por ejemplo, en pp. 127-8 hallamos las siguientes frases: “el autor (de los Anales del reinado de ‘Abd al-Rahmān I), al encontrar entre los papeles de su gente el relato de las guerras civiles que él se proponía proseguir o había ya continuado...”; “la afirmación, muy justa, de Ribera, sobre la pertenencia a un mismo linaje de los diversos redactores del *Ajbār Maǧmūʿa* y sobre la posible transmisión de sus escritos en archivos familiares”, y “si, como Ribera ha demostrado, todas las tradiciones compiladas en el *Anónimo de París* pudieron ser obra de distintos miembros de un mismo linaje; si, por tanto, el redactor de la historia de las sublevaciones contra el emir ‘Abd al-Rahmān I pudo poseer la crónica de las guerras civiles y pudo sentir deseos de añadirla por su mano...”

⁴ Cfr. Ribera, J., *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el cordobés*, Madrid, 1926, p. XIV.

En el que lleva por título “El *Ajbār Maʿmūʿa*, una obra polémica”⁵, se informa de todas las opiniones formuladas con respecto a esta obra y se ofrece un estudio sistemático y completo de sus características, estilo, lenguaje, etc., es decir, abordo aspectos que en el presente se silencian o se tocan de manera muy superficial. En el que aquí me ocupa, me centro en aquellas cuestiones que más directamente permiten percibir y defender su autoría y que he reunido bajo cuatro apartados distintos. En el primero, realizo un estudio del fragmento considerado más antiguo y, por ello, núcleo primitivo de la narración; estudio en el que sucesivamente se examinan sus principales características, se traza el perfil de su autor y se trata de precisar el nombre de ese personaje que, pensamos, pudo ser su creador. En el segundo se informa de los datos recogidos sobre otros dos miembros de la misma familia y que, a mi entender, continuaron y completaron la primitiva historia. En el tercero se analizan los cuatro fragmentos restantes y se sugieren las diversas manos que intervinieron en cada uno y, finalmente, en el último, se ofrece un resumen de las conclusiones a las que he llegado.

1. LA CRÓNICA SIRIA DEL SIGLO VIII

El primer lugar lo ocupa el análisis de la crónica denominada por Sánchez Albornoz “historia de las guerras civiles”⁶, que abarca desde la salida de las tropas de Kulṭūm (p. 30.11/42) hasta la muerte del antiguo gobernador Yūsuf al Fihri, durante el reinado de ʿAbd al-Raḥmān I (p.101.1/94)⁷, cuando el narrador pone punto final a su relato con las siguientes palabras: “Este es un resumen ordenado de sus⁸ *hadices* pues los hechos acaecidos son muchos más de los que se incluyen”. Personalmente

⁵ Dicho artículo será publicado, Dios mediante, en *Qurtuba* 6, Córdoba 2001.

⁶ SA, *Ajbār*, dedica un capítulo a cada uno de los cinco fragmentos que en este artículo examinamos, por lo que sólo informaremos de las páginas correspondientes, al aludir a frases específicas o que se localizan en otros capítulos u obras.

⁷ Hemos utilizado la ed. de E. Lafuente Alcántara, *Ajbar Machmua (Colección de tradiciones)*, Madrid, 1867. Cuando reproducimos una palabra o frase remitimos a la página y línea del texto árabe. Al hablar de un pasaje o relato sumamos, tras una línea oblicua, las páginas de la traducción, al ser estas últimas las únicas que se citan en trabajos como los de Sánchez Albornoz o de P. Chalmeta.

⁸ Chalmeta, en “Una historia discontinua e intemporal (jabar)”, *Hispania* XXXIII (1973), p. 56, interpreta la expresión *min ḥadīṭi-him* por “los hechos de ʿAbd al-Ramān, de Yūsuf y de al-Ṣumayl”. Nuestra opinión es que se está refiriendo en general a “los sirios”, pues dentro de esta crónica se dedican abundantes páginas a la historia de otros muchos personajes.

considero propias de este fragmento las tres primeras páginas del *Ajbār*, donde se narran sucesos ocurridos en Oriente, por creer que en su origen pertenecieron, a modo de introducción, a esta crónica siria y fueron más tarde trasplantadas al comienzo de la obra⁹.

1.1. Principales características

Al tener presente las opiniones de aquellos que se han detenido en su estudio y las nuestras en particular es posible destacar las siguientes características:

1.1.1. La primera es su antigüedad, resaltada por un alto número de eruditos aunque no todos le atribuyen la misma fecha. Sánchez Albornoz defiende que fue redactada antes de finalizar el siglo VIII, tesis que indirectamente apoyan Dozy¹⁰, Ribera¹¹ y Guichard¹², mientras que Chalmeta la considera escrita poco después del 833 y Manzano acepta ambas opciones¹³. Significativo es también que Lévi Provençal y L. Molina, defensores de la modernidad del *Ajbār* (siglos XII-XIII), al aludir a sus fuentes, guarden absoluto silencio sobre esta parte como si no hubieran encontrado en ella base alguna que apoyara su tesis. En lo que respecta a los argumentos esgrimidos en defensa de su antigüedad, éstos se basan en el estilo de la narración, en la buena información del autor y en el análisis de las frases utilizadas

⁹ De ser acertada esta hipótesis, habrían sido completadas para enlazar con el relato de la conquista, lo que dificulta la labor de concretar el punto exacto en el que concluían.

¹⁰ Cfr. ob. cit. p. 12, donde recuerda la existencia, en esta parte, de un relato que el autor ha tomado de un personaje del siglo VIII.

¹¹ En este sentido interpretamos sus palabras (ob. cit., XV): “narra las negociaciones políticas de ‘Abd al-Raḥmān I con minuciosos pormenores que denotan haber sido testigo presencial de algunos de aquellos sucesos”.

¹² Guichard, P. *Estructura antropológica de una sociedad islámica en Occidente*, Madrid, 1976, en p. 293, al aludir a dos pasajes utilizados por Sánchez Albornoz para fijar esta obra en el VIII, señala que, al menos, en el segundo, tomado por el narrador de alguien que lo había oído de los mismos labios del primer soberano omeya, “no hay motivo para no ver una indicación sobre la antigüedad de la crónica”.

¹³ Manzano, E. en “La rebelión del año 754 en la Marca Superior y su tratamiento en las crónicas árabes”, *Studia Histórica*, IV, 2 (1986), 185-203, afirma estar de acuerdo en considerar “la crónica de las guerras civiles” como la más antigua y, tras defender que el pasaje del *Ajbār* estudiado por él es muy anterior al equivalente, ofrecido por al-Rāzi, añade que el primero “ha sido redactado por un noble qurayšī a finales del siglo VIII o en la primera mitad del IX” (p. 197).

para la introducción de los relatos que, por corresponder a características dignas de ser resaltadas, serán examinadas en los apartados siguientes.

1.1.2. Una segunda particularidad, íntimamente ligada a la anterior, es la de contener narraciones transmitidas por personas que presenciaron o protagonizaron diversos sucesos¹⁴. Así vemos, por ejemplo, que su autor utiliza el imperfecto “contaba, decía” (*kāna yaqūlu /yuhaddītu*) más el nombre de personajes que vivieron en el siglo VIII: Ibn Ḥurait̄ (60.12); Abū Uṭmān (72.14), Jālid b. Zayd (90.6) e Ibn Muʿāwiya (94.4-5), como si él mismo lo hubiera escuchado de sus labios; informa de que un determinado relato lo ha tomado directamente de alguien que se lo había oído contar al príncipe ʿAbd al-Raḥmān (50.14-51.1) y emplea, para la introducción de algunos *ajbār*, expresiones del tipo “me contó” (*ajbara-nī*: 34.6, 48.2, 50.14) “me informaron” (*huddītu*: 37.3), “nos enteramos de que” (*balaga-nā*: 45.10), reveladoras de que está recogiendo de primera mano tradiciones orales.

“Historias” o datos que el narrador dice haber tomado de otras personas son los siguientes: la descripción de los movimientos que realizan las tropas dirigidas por Kulṭūm en su enfrentamiento con Maysara, introducida por un “me contó una persona digna de confianza”, a la que suele identificarse con uno de los combatientes sirios¹⁵; la reproducción de las palabras del califa Hišām cuando, encontrándose en su lecho de muerte, habla en su delirio con Ḥanzala b. Ṣafwān, general al que había enviado con un ejército a Ifrīqiya, después de conocer la derrota de Kulṭūm por los fugitivos que habían vuelto a Siria, precedida de un “fui informado -Dios sabe si será cierto- de lo siguiente”¹⁶; el detalle de que el gobernador de al-Andalus, Ṭaʿlaba, tras vencer a los baladies, se puso a vender en la Almuzara de Córdoba a importantes jeques medinenses, noticia que sigue a “nos enteramos de que”¹⁷; información relativa a la suerte corrida por los Omeyas, con la llegada de los Abbasies, que le ha comunicado

¹⁴ He aquí algunas de las frases pronunciadas por Sánchez Albornoz en ob. cit.: “supo de los sucesos por el testimonio de gentes que intervinieron en ellos” (p. 87); “este fragmento tuvo que ser obra de un contemporáneo” y “la vida del autor tuvo que transcurrir muy en contacto con los hombres y sucesos que relata” (90); “sólo un contemporáneo de ʿAbd al-Raḥmān I, Abū Uṭmān, Jālid, al-Marwānī, etc. podía conocer con precisión los dichos y hechos de éstos” (107).

¹⁵ El cronista, tras indicar que Kulṭūm permaneció firme, añade “uno de los sirios que pasó [junto a él] pues me ha contado persona de confianza (34.6: *ajbara-nī: man lā uttuhima anna-hu*) que habiendo sido golpeado en la cabeza con una espada...”, frase confusa con un corte sin sentido que ha llevado a Sánchez Albornoz a optar por la interpretación de Lafuente (p. 45): “quien pasó por junto a un sirio, persona fidedigna, la cual me ha contado”.

¹⁶ Cfr. 37.3: *huddītu -wa-Allāhu aʿlamu- anna-hu*.

¹⁷ Cfr. 45.10: *balaga-nā anna-hu*.

un jeque a quién da crédito¹⁸; el principio de la fuga ‘Abd al-Raḥmān, así como determinados sucesos de su juventud (50-54/58-61) que le han sido transmitidos por “alguien que lo ha oído de labios del mismo príncipe”¹⁹, y que complementa con otros *hadices* sobre el azaroso peregrinaje de ‘Abd al-Raḥmān por tierras africanas (54/61)²⁰; la escena que precede a la muerte de Ibn Ḥuraiṭ y Abū l-Jaṭṭār en la que el primero expresa su odio a los sirios mediante una frase que “gustaba repetir” y la respuesta que recibe del segundo (60/62); las conversaciones que mantienen los jefes de la tribu Banū Umayya con al-Ṣumayl, cuando éste les llama aparte, e información de la decisiones que toman, al perder la esperanza de recibir la ayuda de los Muḍar (73.1/74), todo ello narrado por Abū Uṭmān; la confesión que hace Jālid b. Zayd (90/86-7), al recordar la petición que hizo a Dios, durante la batalla entre Ibn Mu‘āwiya y Yūsuf; y una anécdota que “solía relatar” Ibn Mu‘āwiya (94/89) y en la que comparaba comportamientos de al-Ṣumayl y Yūsuf, mostrando en ella su admiración por el primero. Estas cuatro últimas expuestas en primera persona e introducidas por las expresiones “contaba, decía”²¹. A las mencionadas noticias se ha de sumar una anécdota (84-5/82-3) cuyas características obligan a calificarla de interpolación²². Reproduce las palabras que el cronista ha escuchado “de más de un maestro”²³ sobre dos predicciones que hace Farqad al devoto Abū Faṭḥ al-Ṣadfūrī en torno al lugar en el que se iba a jurar la bandera de Ibn Mu‘āwiya, y a su enfrentamiento con el hijo de Yūsuf, predicciones que años después se cumplieron.

Ahora bien, un estudio atento de este fragmento denuncia de manera clara que su autor no siempre reproduce lo que otros le han contado. Es más, sugiere que ha utilizado los pasajes que dice recoger de labios de protagonistas para completar lo que debe considerarse la parte fundamental de esta crónica, parte cuyo transmisor es

¹⁸ Cfr. 48.2: *ajbara-nī man uṭīqu bi-hi min al maṣā’ij anna...*

¹⁹ Cfr 50.14-51.1: *ajbara-nī man samī’a ‘Abd al-Raḥmān b. Mu‘āwiya yuhaddītu.*

²⁰ El largo relato atribuido al mismo príncipe (50-4/58-61), que concluye con *ḥaḍā ḥaḍīṭu-hu, raḥima-hu Allāh* (54.6), es seguido de *wa-min ḥadīṭ gayra-hu anna....*, introduciendo la exposición de su andadura por tierras africanas.

²¹ Sobre las expresiones utilizadas para la introducción de éstas últimas, véase en nuestro texto, p. 517, las frases correspondientes a “contaba, decía”.

²² El narrador, después de informar de la partida de los ejércitos de Yūsuf y del príncipe, y antes de volver sobre el mismo tema para dar cuenta de los avances de ambos contingentes, hace un breve alto con el propósito de explicar cómo y dónde se entregó a ‘Abd al-Raḥmān un turbante que le serviría de bandera y que todos juraron. Es a continuación donde se inserta esta anécdota que semeja un pegote, encierra un lenguaje distinto y alude a hechos sucedidos bajo ‘Abd al-Raḥmān II. Sobre ella volvemos en p. 540.

²³ Cfr. 84.8: “*ḥaddaṭa-nī gayru wāḥidin min al maṣyāja ‘an...*”

silenciado. Esto lleva a preguntarnos ¿de donde ha sacado todas esas narraciones que son la mayoría y que no dice tomarlas de nadie?

1.1.3. Al tratar de contestar a dicha pregunta nos vemos obligados a destacar una tercera característica, ya señalada por Ribera y sugerida, con no mucho convencimiento, por Sánchez Alborno²⁴. El autor y el narrador son una misma persona o, dicho en otras palabras, construye este fragmento basándose de manera prioritaria en el relato de hechos en los que él ha participado.

Aunque en este caso, dado su extenso número, es imposible ofrecer una exposición detallada de los infinitos pasajes que, pensamos, reproducen acciones o escenas protagonizadas por el autor, he aquí los que, siguiendo el hilo de la narración, consideramos más importantes. La salida de las tropas de Kulṭūm y el enfrentamiento que tiene lugar entre el grupo acaudillado por Balý y los beréberes del ejército de Maysara²⁵, mucho más detallado que el de Kulṭūm antes mencionado; su huida a Ceuta, cuando vencidos y sin esperanza de futuro ponen sus ojos en al-Andalus; su entrada en la Península bajo determinadas condiciones; la victoria que alcanzan frente a los beréberes andalusíes; el asesinato del gobernador 'Abd al-Malik y la proclamación de su jefe Balý como nuevo dirigente de al-Andalus; la segunda y aplastante victoria que consiguen frente a los ejércitos de beréberes y árabes baladíes que trataban de vengarse de los nuevos inmigrantes; la muerte de Balý y la elección de un segundo gobernador sirio que tendrá que sofocar y derrotar a los baladíes, sublevados contra él; la llegada de Abū Jaṭṭār "noble siríaco natural de Damasco" y el establecimiento de los orientales en circunscripciones militares; el alzamiento de al-Ṣumayl, apoyado por yemeníes, cuya finalidad es vengar la afrenta sufrida por el jefe qaysí a manos del gobernador; la cruenta guerra civil que tiene lugar cuando se rompe la *'aṣabiyya* siria y dentro de cada *ýund* se separan sus miembros para aliarse a hermanos de tribu que entraron en fechas anteriores, y que concluirá con la batalla de Secunda; el nombramiento de Yūsuf como nuevo dirigente de al-Andalus; la salida de

²⁴ Sánchez Alborno, en su obra *En torno a los orígenes del feudalismo, t. II: Fuentes de la historia hispano-musulmana del siglo VIII*, Buenos Aires, 1974 (cit. SA, *Fuentes*), p. 29, después de indicar que el autor de esta parte supo de los sucesos que refiere por el testimonio de gentes que intervinieron activamente en ellos añade: "quizá fue también actor de los mismos".

²⁵ Con respecto a la mención de Maysara como dirigente de los beréberes que se enfrentan a los ejércitos de Kulṭūm, error que repite Ibn Ḥayyān (al-Maqqarī, *Analectes*, Amsterdam, 1967, II, 12.8), pensamos que podría ser un error intencionado debido al deseo de que el oyente asocie al caudillo de los beréberes con alguien sobre el que se ha hablado mucho y por lo tanto conocido. Otra hipótesis sería que Maysara no hubiera muerto en fecha anterior, como indican otros historiadores.

tropas de las divisiones de Damasco y Qinnasrīn para auxiliar a al-Sumayl en Zaragoza; el paso de Badr y Tammām b. ‘Alqama al norte de Africa en busca del príncipe y su encuentro con él; la entrada en al-Andalus de Ibn Mu‘āwiya y la reunión que celebran con los enviados de Yūsuf; el fallo de las negociaciones y los movimientos de los Banū Umayya y de personajes como Tamām para conseguir en las diversas circunscripciones militares apoyos que permitan formar un ejército capaz de derrotar a las tropas de Yūsuf y al-Şumayl; la victoria conseguida por ‘Abd al-Raĥmān, gracias a la ayuda de los yemenies y, finalmente, el comienzo del reinado del primer emir omeya en la Península marcado por dos sucesivos alzamientos: el primero, protagonizado por Yūsuf y al-Şumayl, que concluye con la firma de un tratado de paz, una vez que el soberano acepta las condiciones propuestas por ellos; el segundo, promovido por el antiguo gobernador que se ve precisado a recurrir a los baladíes, ante la negativa del jefe qaysí y de los sirios de las divisiones militares a iniciar una nueva guerra. El fragmento concluye con la muerte de Yūsuf a manos de ‘Abd Allāh b. ‘Umar que, según sus propias palabras, “le ejecuta para librar a las gentes de su maldad porque se había convertido en un foco de turbulencias” (99.13-4).

1.1.4. Otras características que se atribuyen a este fragmento, que para muchos son prueba palpable de su antigüedad y de que sólo pudo ser escrito por un contemporáneo de los hechos y poco después de que éstos sucedieran, atañen al estilo de los relatos y a la completa, detallada y puntual información que en ellos se ofrece. Se destaca el lenguaje sencillo y carente de retórica; el estilo fluido y natural; el carácter vivo de la narración y la riqueza de detalles, aspectos todos ellos en los que no creemos preciso detenemos al haber sido ampliamente comentados por Guichard²⁶ y, sobre todo, por Sánchez Albornoz que gusta resaltar los innumerables pormenores que, localizados en él, han provocado su asombro y admiración²⁷ y le han llevado a definir esta parte como “modelo de historias árabes realistas, detalladas, bien informadas, precisas y cuyas páginas anima un soplo de vida” (p. 81). Únicamente queremos indicar la presencia de infinidad de detalles y datos no consignados en otras crónicas y cuyo estudio podría resultar de gran interés.

1.1.5. Una última particularidad, que en este caso no ha sido señalada, es la de estar ante una crónica centrada en la historia de los sirios llegados a al-Andalus con

²⁶ Cfr. obra cit. p. 295, donde resalta diversas características que diferencian esta crónica de otras como la de Ibn ‘Abd al-Ĥakam, “mucho más analítica y desmañada”, e incluso de “las obras que señalan el inicio de la prosa literaria árabe en el siglo IX”.

²⁷ Cfr. las numerosas referencias de las pp. 87-90 y 107.

Balý. Esto explica que su autor se limite a narrar hechos en los que ellos han participado o que les afectan de manera indirecta -como es la rebelión de los beréberes andalusíes- y que contenga multitud de datos que sólo a un sirio podían interesar.

En la misma línea se ha de hacer notar el partidismo que refleja en algunos relatos. Por ejemplo, resulta muy sospechoso que se silencie el papel jugado por los baladíes en una batalla en la que, se supone, los sirios figurarían como tropas auxiliares. Nos referimos al enfrentamiento del ejército comandado por los dos hijos del gobernador 'Abd al-Malik e integrado, como indica el autor, por "árabes de Siria, compañeros de Balý y árabes baladíes" que, naturalmente, cita en segundo lugar (40/50). Tras decir: "se trabó la pelea", sólo le interesa señalar que "los sirios acometieron con furia y batallaron como quien busca la muerte hasta que Dios les concedió la victoria haciendo huir a los beréberes" para añadir: "los sirios vistieron sus armas y, tras dividirse en varios destacamentos, fueron matando beréberes hasta extinguir el fuego de la rebelión" y, después, regresaron a Córdoba, como si los baladíes y los caudillos del ejército, tras iniciarse la batalla, hubieran desaparecido. Relato en el que se manipula la verdad, con el único propósito de dar mayor relevancia a la actuación de los sirios, y que se distingue de la versión de Ibn Ḥayyān²⁸, y de la propia del *Bayān*²⁹, donde se hace desempeñar a los baladíes el papel principal. Significativo es, también, que se preocupe de indicar el número de guerreros que, acompañando a Kulṭūm, procedían de cada circunscripción militar de Oriente (31/42), y ofrezca multitud de datos que sólo tendrían interés para los compañeros de Balý, datos sobre los que volveremos al trazar el perfil de su autor. Incluso nos podemos preguntar si ha de considerarse normal el uso del término oriental *ayār* para definir el mes de mayo (86.13). Asimismo, y en lo que respecta a nuestra hipótesis de que las primeras páginas del *Ajbār* pertenecían en su origen a este fragmento, resulta natural que "la historia de esos sirios que acaban de abandonar su país, formando parte de las tropas de Kulṭūm" se inicie con noticias de las tierras que dejan a sus espaldas, noticias que sin embargo causan extrañeza como apertura de

²⁸ Cfr., al-Maqqarī, *Analectes*, II, 13.2-3, donde se dice que "los árabes de las diversas regiones de al-Andalus" mataron a los beréberes y persiguieron a los fugitivos, aunque más tarde se indica que fueron los sirios los que se hicieron con el botín.

²⁹ Cfr. ed. Cólín-Lévi Provençal, Leiden, 1951, p. 31.5 y ss., donde mencionan dos ataques consecutivos; en el primero "los árabes acometen y vencen a sus contrincantes"; en el segundo se indica que 'Abd al-Malik y Balý avanzan para atacar a los beréberes con "los árabes de al-Andalus", a excepción de los de Zaragoza.

una “historia de al-Andalus” que, lógicamente, debería comenzar, tal y como su título anuncia, con el relato de la conquista.

1.2 Perfil de su autor

Si pasamos al segundo punto con el propósito de tratar de captar la personalidad de su autor podemos señalar las siguientes particularidades, comenzando por aquellas que suelen ser admitidas:

1.2.1. Es, como muchos han señalado, un guerrero experto y habituado a participar en conflictos armados. Ello le permite describir los combates con gran pericia y minuciosidad, sin olvidarse de mencionar las estrategias empleadas, el número de combatientes que forman los distintos destacamentos, las armas y cabalgaduras que usan, los itinerarios que siguen, los incidentes que se suceden en el camino o en la pelea, y mencionar detalles que sólo para un soldado tienen sentido, como es el que en un momento dado no hubiera postas porque el hambre las había desorganizado (78/78).

1.2.2. Es un tradicionalista que ama y guarda en su memoria la historia del pueblo árabe y no pierde la ocasión de transmitir los muchos conocimientos que posee. Esto le lleva a aludir a las principales batallas que marcaron la historia del Islam: Harra (42/51), Marî al Râhiṭ (57/63) Siffîn (59, 61/65,66), Badr y Uḥud (63/67). En una ocasión, como sucede cuando describe el enfrentamiento ocurrido en Secunda entre yemeníes y muḏaríes, compara el valor y la furia desplegados en ella con el que mostraron los combatientes en Siffîn para, más tarde, hacer que Abū l-‘Aṭā’ intente frenar la matanza de los derrotados, dirigida por al-Ṣumayl, primero recordándole que su violencia no puede explicarse como venganza de Siffîn (encuentro en el que lucharon codo a codo yemeníes y muḏaríes), después, amenazándolo con hacer una llamada a la *‘aṣabiyya* siria si no envainaba su espada. En otra, al-Ṣumayl, para vengar la afrenta recibida de Abū l-Jaṭṭār, va a atraer a su causa a los yemeníes, invocando a los vencedores de Marî al-Râhiṭ (56-7/63). Asimismo, como medio de mostrar su erudición, aprovecha la mención del protagonista de un suceso para informar del importante papel jugado en la historia remota del Islam por antecesores suyos. Por ejemplo, cuenta que Ṣamir, abuelo de al-Ṣumayl b. Ḥātim, mató a al-Ḥusayn, hijo de ‘Alī (56/62); que ‘Āmīr al-‘Abdarī, de los Banū ‘Abd al-Dār descendía de Abū ‘Adī, hermano de Muṣ‘ab b. Hāšim, que llevó la bandera del

Profeta en las batallas de Badr y Uḥud (63/67)³⁰, no olvidando tampoco mencionar hechos como que 'Abd al-Malik había luchado en la batalla de Harra con los medinenses y, derrotado por los ejércitos sirios, huyó a Ifrīqiya (42/51). Es además un hombre culto y con ciertas dotes políticas, lo que le autoriza a dar explicaciones precisas sobre las causas de determinados sucesos, como es el levantamiento de los beréberes africanos, rechazando los rumores extendidos por el vulgo (31-2/43, 40/50); aludir a cismas religiosos surgidos en el pasado y a su reflejo en posteriores conflictos (32/43); describir de manera puntual y pormenorizada las argucias diplomáticas de los *mawālī* omeyas para hacer triunfar a 'Abd al-Raḥmān o las negociaciones con el gobernador, y sumar multitud de detalles que nunca hubieran llamado la atención de un simple "guerrero".

1.2.3. Es un árabe de pura raza, que vive en una época en la que aún no se ha perdido el espíritu tribal ni se han olvidado antiguas rencillas. Conoce los nombres de las distintas tribus árabes que poblaban al-Andalus en su tiempo, los lazos de amistad o enemistad y las alianzas que se dieron entre ramas, facciones y grupos familiares, e incluso nimios detalles como el porqué dentro de un clan se ha nombrado jefe a un cierto personaje y no a otro que podría considerarse más destacado (91/87). En la misma línea, su lenguaje tiene un tremendo sabor tribal que sólo se interpreta correctamente si nos trasladamos a un pasado muy remoto, cuando las tribus enfrentadas se lanzaban improprios, amenazaban con terribles venganzas o gustaban, antes de la batalla, recitar versos para animar al compañero y resquebrajar el valor del enemigo. Las palabras que reproduce en determinados contextos, llenas de fuerza dramática, nunca hubieran salido de labios de un cronista de la corte. Son propias de un árabe que ha convivido y luchado con gentes que conservaban en toda su pureza la idiosincrasia tribal y que comparte sus mismos sentimientos. Significativas son las que dirigen los yemeníes a Balʿ cuando trata de proteger a 'Abd al-Malik (41/51), las de Abū l-'Aṭā' a al-Ṣumayl (61/66); las que pronuncia este último ante Abū 'Uḡmān para hacerle ver el peligro que supone la entrada de un omeya, que han sido traducidas muy libremente³¹; las contenidas en el breve poema que, envuelto en una piedra, lanzan al jefe qaysí cuando llegan ante los muros de

³⁰ Sobre su ascendencia, véase Manzano, art. cit., pp. 197-8.

³¹ El texto dice literalmente (73.11-12/74-5): Me he dado cuenta de que 'Abd al-Raḥmān procede de una familia o linaje (*qawm*) tal, que si uno de sus miembros se echa una meada en esta Península, nosotros y vosotros nos vamos a ahogar en ella.

Zaragoza³² y, sobre todo, las que salen de boca de los yemeníes cuando, tras alcanzar la victoria, el príncipe les impide ejercer su venganza al estilo beduino, es decir, mediante la afrenta a la familia de Yūsuf (91/87).

1.2.4. No es un omeya ni un quraší, sino que pertenece a una tribu de Qays; afirmación que, al ser contraria a la opinión comúnmente defendida, nos obliga a detenernos en ella.

La tesis de que los autores de esta obra eran qurašíes, e incluso “individuos de la familia Omeya”, fue lanzada por Ribera (XV-XVII) y apoyada entusiásticamente por Antuña³³. Más tarde, Sánchez Albornoz, al efectuar un estudio pormenorizado de sus diversas partes, se vio ante la necesidad de confesar que la teoría de Ribera sólo podía considerarse válida para este fragmento y los que atribuye al compilador³⁴, mientras que la lectura de artículos de arabistas actuales permite localizar frases como la de Fierro: “los autores omeyas de *Ajbar Maǧmū‘a*”, o la de Chalmeta: “Sí, el recopilador fue qurayší y omeya”³⁵, aunque, en ambos casos, no se aporta razonamiento alguno.

En nuestra opinión, los argumentos de Ribera, repetidos y ampliados por Sánchez Albornoz no resultan nada convincentes. Por ejemplo, no damos valor alguno al hecho de que se hable de los monarcas reinantes cuando se trata de una historia de al-Andalus, y sí al poco espacio que se les dedica en esta obra. Tampoco es concluyente que conozca algunos linajes y sí significativo constatar que su fallo atañe, precisamente, a las cabilas de Qurayš, al igual que sucede con el autor de la primera parte, que incluso confiesa desconocer “a qué rama de Qurayš” pertenecía el gobernador de Ifrīqiya, ‘Ubayd Allāh b. Zayd (22.2). El estudio que hemos realizado de las frases utilizadas en apoyo de dicha teoría nos ha venido a mostrar que carecen validez; incluso ha de darse un significado muy distinto a una anécdota que ambos

³² Cfr. *Ajbār*: 68.10: Oh murallas, anunciar la buena nueva/ A ti llega el socorro pues el asedio toca a su fin / se acercan a ti [las yeguas] embridadas, hijas de A’waǧ [famoso caballo que dio nombre a una raza]/ sobre ellas cabalgan los nobles de Nizār. El mismo poema se reproduce casi al pie de la letra en el *Bayān* II, 43.11-12:

³³ Cfr. “La versión castellana de la crónica de Abenalcoltía”, *La ciudad de Dios*, 5-20 octubre, 1927, p. 79, donde indica que los datos y documentos aportados por Ribera y sus observaciones críticas, tanto sobre la estirpe de sus autores como en torno a la fecha de redacción, restan verosimilitud a la tesis de Dozy.

³⁴ En ob. cit., pp. 22-3, 30, guarda silencio con respecto a la cuarta parte y reconoce que en la tercera no ha encontrado ni una palabra que descubra su devoción por los omeyas o qurayšíes, resultando imposible descubrir “su patria, tribu o familia”.

³⁵ Véase respectivamente, Fierro, I., “La obra histórica de Ibn al-Qūṭīyya”, *Al-Qanṭara*. X (1989), p. 502, y Chalmeta, art. cit., p. 58.

eruditos mencionan como prueba de dicha afirmación, la relativa a la audiencia de 'Ubayd Allāh b. al-Ḥabḥāb, que comentaremos más adelante, por pertenecer al primer fragmento.

Más importante es detenernos en infinidad de detalles que claramente vienen a reflejar algo muy diferente, de los que señalaremos algunos: 1) El autor de “las guerras civiles”, cuando habla de los componentes de un ejército utiliza la expresión “los yemeníes y los omeyas” (83.3, 5; 87. 1, 8-9; 92.10-11), postura naturalmente contraria a la de Ibn al-Qūṭiyya que, como defensor de la familia reinante, habla de “omeyas y árabes” (ob. cit., 5.5) o de “omeyas y sirios” (16.12, 17.6, 8; 19.8), mientras que al mencionar a las tropas de Kulṭūm no duda en decir que constaban de 10.000 [pertenecientes a la flor] de los omeyas y 20.000 de nobles linajes árabes (14.15-15.1), aunque los segundos sumen un número mayor. 2) Silencia su presencia en determinados combates por considerar que es una tribu carente de importancia; por ejemplo, se limita a definir como sirios (*ahlu-l-šām*) a los combatientes que, al mando de Balý, se enfrentan a árabes baladíes y beréberes dirigidos por los hijos de 'Abd al Malik y el gobernador de Narbona 'Abd al-Raḥmān b. 'Alqama al-Lajmī (43/52), frente a Ibn al Qūṭiyya que siente la necesidad de destacar que a las órdenes de Balý luchan 10.000 “omeyas y sirios” (16.12). 3) No duda en menospreciar cuando tiene ocasión y en mostrar que, antes de alzarse con la soberanía de al-Andalus, fue una tribu que jugó en la historia un papel muy secundario y siempre actuó subordinada a otras más poderosas como la de Fihri y la de Qays. No es propio de un defensor de los omeyas afirmar que, en el pasado, los miembros de dicha tribu decidieron no contestar a la petición de ayuda de Ibn Mu'āwiya hasta no consultar con el jefe qaisí, al-Ṣumayl (67.11), le entregaron a éste la carta del príncipe diciéndole que no harían nada que a él desagradase (69.13-14), le besaron la mano en señal de sumisión (72.14); ni tampoco poner de manifiesto que 'Abd al-Raḥmān conquistó Córdoba gracias a los yemeníes, sin olvidarse de señalar que, antes de comenzar la batalla final, cuando el príncipe pregunta a sus tropas si prefieren la guerra u optan por firmar la paz, el autor diga que “todos los yemeníes mostraron su deseo de pelear y los omeyas estuvieron de acuerdo con dicha opinión” (87.6-7).

En apoyo de nuestra tesis informaremos que E. Manzano, al estudiar uno de los pasajes que forman parte de este fragmento, se ha visto sorprendido al percibir que la versión del *Ajbār* no es precisamente pro-omeya. Aunque en un momento dado (p. 197) indica que “el texto de al-Razī contenido en el *Fath al-Andalus* y en el *Bayān* deriva, como repetidamente se ha señalado, del redactado por un noble qurayšī”, poco después añade que “el análisis detallado del *Ajbār* permite comprobar cómo el comportamiento de Abū Uṭmān, y 'Abd al-Allāh b. Jālid no se corresponde muy bien

con la imagen de los *mawālī* obedeciendo las órdenes de su señor omeya” y “hace dudar que estos dos personajes fueran realmente o se comportaran como auténticos omeyas” (201-2). Por otro lado, al prestar atención a los detalles omitidos o alterados en la versión de al-Rāzī, da su opinión de que los cambios obedecen a “la intención claramente enaltecedora de la familia omeya en detrimento del resto de los grupos que por esta época se disputaban el poder de al-Andalus y al deseo de clarificar el comportamiento de los clientes omeyas al servicio de su señor; comportamiento que en el texto del *Ajbār* aparece mucho más confuso y vacilante”, para pasar a sugerir que “su parcialidad” y el ofrecer “una imagen considerablemente diferente a la que presenta el *Ajbār*” es debida a las estrechas relaciones que los Rāzī mantuvieron con los soberanos omeyas de su tiempo (ibíd). O sea, está confesando de manera indirecta la dificultad de aceptar que el autor de “las guerras civiles” sea un omeya.

1.2.5. Frente a la opinión comúnmente admitida, nosotros defendemos que un estudio minucioso pone de manifiesto que el núcleo originario de esta obra sólo pudo ser escrito por un sirio que entró en al-Andalus con Balʿ y que pertenecía a una tribu qaysi.

En defensa de la primera afirmación podemos presentar algunos argumentos: Distingue claramente a los árabes baladíes de aquellos que, procedentes de Oriente, llegaron en el año 741, y hace jugar a los segundos un papel destacado; está atento a las palabras que otros dicen contra su grupo (60/65) y se muestra preocupado al hablar de la ruptura de la *ʿaṣabiyya* siria que provoca la batalla de Secunda (59/64); conoce muchos nombres geográficos del Oriente lejano, ya sean ríos, ciudades, distritos o provincias y los acaeceres que en ellos se protagonizaron (32/43, 46/54-5; 47/56; 48, 49/57; 50/58; 51/59; 53/60; 56/62; 84/82...). Importancia capital tiene la amplia y precisa información que posee sobre sus compañeros sirios y en torno a los sucesos que tienen lugar en los diversos *ʿyund-s*, siendo muy abundantes las noticias que ofrece y de las que recordaremos algunas: Con el grupo de Balʿ entraron al-Ṣumayl b. Ḥātīm, oriundo de Kūfa, que vino con la división de Qinnasrīn (56/62) y Ṭaʿlaba b. Salāma al-ʿAmilī, jefe del *ʿyund* de Jordán (30.15/42); Ṭaʿlaba b. Salāma al-ʿYudāmī era un personaje importante de la división de Palestina que, movido por la ambición, avisó al príncipe que querían asesinarle (57/63 y 91.13/87); Yahyá b. Ḥurayṭ fue proclamado jefe del *ʿyund* de Jordán provocando el enfrentamiento con Ṭawāba b. ʿAdī b. ʿAmr, que pretendía tener más derechos; para calmar la situación se entregó al primero la jefatura del distrito de Rayya, donde vivían gentes del Jordán, pero de nuevo surgieron graves conflictos tribales que son expuestos con todo detalle (57-8/63-4); ʿAbd al-Raḥmān b Nuʿaym al Kalbī, que con doscientos infantes y cuarenta caballos atacó el alcázar de Córdoba liberando a Abū-l-Jaṭṭār y dándole

amparo en el *ġund* de Emeso (ibíd), fue más tarde nombrado por Ibn Mu'āwiya jefe de la infantería yemení (87/84); al Ḥuṣayn b. al-Da'ŷn al 'Uqaylī dirigió la caballería de Qinnasrīn que persiguió a 'Abd al-Raḥmān b. 'Alqama en el enfrentamiento de las tropas de Bal'ŷ contra árabes y beréberes baladíes (44/53), indicándose que éste era jefe de los Banū Ka'b b. 'Āmir de Qinnasrīn, mientras que en el *ġund* de Damasco dirigía la misma confederación tribal Sulaymān b. Šihāb (65/69); al-Šumayl envió a los dos últimos a luchar contra los vascones para que perecieran, muriendo el segundo por lo que al Ḥuṣayn b. al-Da'ŷn y el hijo de b. Šihāb se pasaron a las filas de Ibn Mu'āwiya, siendo más tarde nombrados por el soberano gobernadores de las mencionadas divisiones (92/88). El análisis de éstas y otras muchas noticias, sobre todo de aquellas que sólo pueden interesar a gentes recién llegadas de Oriente, delatan claramente la procedencia de su autor.

En lo que respecta a su filiación tribal son abundantes los pormenores indicativos de su pertenencia a una rama de Qays. Conoce y menciona a las diferentes clanes que integran dicha confederación tribal (Kilāb, Sulaym, Gaṭafān, Hawāzin, Sa'd, Naṣr, Banū Ka'b b. 'Āmir, 'Uqayl, Quṣayr, Ṭaqīf, Banū Salūl, Numayr, etc.)³⁶; muestra su admiración por el kilābī al-Šumayl, que "llegó a ser por su generosidad y superior valor jefe de los qaysíes de al-Andalus" (56/62); insiste en describirle como hombre honrado, valiente, inteligente y, sobre todo, cumplidor de sus promesas; haciendo que incluso 'Abd al-Raḥmān pronuncie palabras elogiosas sobre él (94/89-90); no deja de traslucir su resentimiento hacia la tribu que desbarató el poder de los Qays y asesinó a su jefe, a la vez que pone de manifiesto su desprecio por el que, en su tiempo, ostentó la jefatura de los Qurayš, el "cobarde" Yūsuf al Fihri (64.3), que, de haber seguido los consejos de al-Šumayl, no habría perdido el gobierno de al-Andalus ni los omeyas hubieran restaurado su dinastía. También parece propio de un qaysí el utilizar la expresión "Qays y Muḍar" (66.15) cuando la primera no es más que una rama de la segunda, o "Qays y otras de Mudar" (83.2) y resaltar que los omeyas siempre acompañan a los qays y no viceversa.

1.2.6. No es un cordobés sino una persona que ha pasado una parte importante de su vida, posiblemente los últimos años, en Córdoba. Estamos de acuerdo en que

³⁶ Sobre estas tribus, véase en particular pp. 65-6, donde se mencionan los clanes qaysíes de Qinnasrīn y Damasco que acuden a auxiliar a al-Šumayl, citándose incluso tribus (Hars, Muḥārib...) no consignadas en la *Ŷamhara* de Ibn Ḥazm. Sobre las tribus qaysíes establecidas en al-Andalus, y citadas por Ibn Ḥazm, véase Terés, E., "Linajes de al-Andalus", *Al-Andalus*, XXII (1957), pp. 96-106, y cuadro de p. 62-3.

son innumerables los detalles reveladores de que conoce perfectamente la capital³⁷. Pero nadie parece aludir a los abundantes noticias que sólo han podido salir de la pluma de alguien que, durante algún tiempo, vivió en el *ḡund* de Qinnasrīn o quizá en el de Damasco. Sabe que ambas divisiones estaban muy cercanas (66/69); que en ellas se instalaron los qaysīs y los omeyas; que en la primera residía Yūsuf b. Bujt (70.14) y en la segunda los dos restantes caudillos de los Banū Umayya, Abū ‘Uṭmān ‘Ubayd Allāh b. ‘Uṭmān, y ‘Abd Allāh b. Jālid (78.4: 80.11); da a conocer que el caudillo de Qinnasrīn fue primero al-Ṣumayl -procedente del *ḡund* sirio del mismo nombre- (56/62) y que, al ser nombrado gobernador de Zaragoza, el mando pasó a al-Ḥuṣayn b. al-Daḡn al ‘Uqaylī (65/69); conoce los nombres de todas las tribus que se establecieron en dichas divisiones y el de sus dirigentes (65-66/69); informa del número de combatientes que salen de ambas para auxiliar al-jefe qaysī, sitiado en Zaragoza (66/69-70); cuenta que al desembarcar el príncipe, le reciben ‘Abd Allāh b. Jālid y Abū Uṭmān y le llevan a Turruṣ, para añadir que se instala en casa del segundo y nombrar a los diversos personajes que se reúnen junto a él (76/76). Incluso ofrece detalles carentes de interés pero reveladores de que está hablando alguien que reside en uno de los dos *ḡund*-s mencionados; como es el de señalar que, cuando Badr llega con la carta del príncipe, los omeyas mandan a buscar a Yūsuf b. Bojt, quién en ese momento se encontraba en la división de Qinnasrīn (67.10), división cuyo nombre consigna de manera reiterada (31.1; 44.3; 52.4; 56.9; 65.4, 11; 67.10; 80.13) y que parece ser aquel por el que el autor muestra un mayor interés, quizá por ser morada de los principales grupos qaysīs y del suyo en particular.

1.3 Posible autor de este fragmento

Una vez conocido el perfil del autor, y tomando como dato básico e indiscutible que estamos ante un tradicionista que vivió en el siglo VIII, hemos buscado en obras bibliográficas e históricas personajes que pudieran haber redactado este fragmento. El resultado ha sido la localización de tres en particular.

El primero es Badr, *mawlā* de ‘Abd al-Raḥmān, al que Sánchez Albornoz atribuye la composición de una historia hoy perdida, basándose en textos de al-Rāzī que le cita como fuente³⁸. La lectura de los fragmentos que le atribuye el *Bayān* muy

³⁷ Una minuciosa información de los diversos pasajes que denuncian su perfecto conocimiento de la capital es ofrecida por Sánchez Albornoz en ob. cit. 83-4.

³⁸ Sánchez Albornoz, en *Fuentes*, p. 18, dice que al menos “se sabe de tres crónicas hispano arábigas, dos redactadas en el último tercio del siglo VIII (la de Badr, *mawlā* de ‘Abd al-Raḥmān I, y la del noble

pronto nos obliga a desecharle. Primero, porque su historia nunca se hubiera iniciado con la salida de las tropas de Kulṭūm, de las que no formó parte, sino con su encuentro con el príncipe en tierras magrebíes, para continuar con el relato de sucesos acaecidos en ellas y su llegada a al-Andalus con el propósito de recabar ayuda de los omeyas; pasajes que, curiosamente, coinciden con las narraciones cronológicamente más antiguas que la compilación magrebí dice tomar de Badr (41.3 y 44.4). Segundo, y más importante, porque las versiones que ofrecen el *Bayān* y el *Ajbār* son claramente discrepantes en lo que respecta a su postura hacia los omeyas y al uso de vocablos y expresiones que intentan reflejar dichos sentimientos³⁹. Por ejemplo, no consideramos casual que Badr haga jugar a los *mawālī* omeyas un destacado papel, no acorde con la realidad histórica; presente a al-Ṣumayl como hombre falto de palabra (43.22; 45.2) o diga que, tras instalarse en Turruš, se reúnen junto a Ibn Muʿāwiya “un grupo de omeyas” (44.18), silenciando la presencia de yemeníes, frente al *Ajbār* (80.11) que los menciona, para después añadir que se alternaban en acompañarle y que éstos eran de Damasco, de Jordán y de Qinnasrīn⁴⁰.

El segundo es Abū ʿUṭmān, del que tanto el *Ajbār* como otras obras recogen relatos salidos de su propios labios. En este caso, es el análisis de la imagen que de él ofrece el *Anónimo de París*, en lo que respecta a su comportamiento antes de que el príncipe se haga con el poder, lo que impide aceptarle como autor, pues son demasiados los datos negativos. Un cronista omeya nunca presentaría a su grupo en actitud humilde, acompañando y secundando a los qaysíes o a los yemeníes, ni confesaría haber besado la mano de al-Ṣumayl y estar dispuesto a atenerse a sus deseos y no a los de su propio príncipe. Tampoco creemos factible que un narrador o

guerrero cordobés de Qurayš, es decir, el *Ajbār Maʿmūʿa*) y otra, de principios del IX, la de Muḥammad b. ʿIsā, informado por Tammām b. ʿAlqama. Sobre Ibn ʿIsā (m. 835), como fuente de al-Rāzī, véase ibíd., pp. 22-28.

³⁹ Frente al *Ajbār*, que aplica siempre la denominación de *Banū Umayya* o *mawālī* de ʿAbd al-Raḥmān al grupo establecido en al-Andalus, Badr prefiere concebirlos como *mawālī min al-umawīyyīn* (40. 20) o simplemente como al *al-umawīyyūn* (43.13, 19, 21, 22; 44.18), utilizando incluso extrañas expresiones no localizadas nunca en el *Ajbār* como “*mawālī al qawm wa-l umawīyya*” (44. 10).

⁴⁰ Hemos de señalar que el autor del *Ajbār*, por primera y única vez rompe aquí su costumbre de poner en primer lugar a los yemeníes, quizá porque el contexto lo exige. En este caso dice literalmente que, en casa de Abū ʿUṭmān se reúnen “un grupo de Banū Umayya y de hombres yemeníes”, para añadir las frases relativas a su procedencia. Sin embargo, poco después, al hablar de las gentes de Elvira que se han unido a él, utiliza las expresiones: *al yamāniyya wa-l-umawīyya* (83.3) y *man fi Ilbīra min al-Yaman wa Banī Umayya* (83.5)

escritor se dibuje a sí mismo como persona orgullosa y falta de palabra o reproduzca una frase soez, que nadie se ha atrevido a traducir y que seguramente dijo (81.8).

El tercero y el único cuya aceptación no presenta problemas es Tammām b. 'Alqama. Sabemos por el *Bayān* que fue un transmisor de noticias relativas a esa primera etapa de la vida de los sirios, noticias que escritores posteriores introdujeron en sus crónicas, confesando haberlas tomado de sus labios. Así vemos, por ejemplo, que dos narraciones de Muḥammad b. 'Isā, autor de una crónica en el IX, utilizada por al-Rāzī⁴¹, comienzan con un “me contó Tammām b. 'Alqama” (46.4: *ḥaddata-nī*) y “dijo Tammām” (46.17); en una se narra la entrevista de 'Abd al-Raḥmān con los enviados de Yūsuf, donde, curiosamente, se presenta al príncipe rodeado de “arabes y omeyas” (46.5: *al-'arab wa-l-umawiyūn*), frase muy significativa por ser en el *Ajbār* y no en el resto de las crónicas donde siempre se coloca a los omeyas en un lugar secundario⁴²; la segunda, narrada por Tammām en primera persona, se inicia con la visita a los diversos *yūnd-s* para conseguir apoyos a la causa del príncipe, continua con la marcha de los dos ejércitos y concluye con la batalla final, versión mucho más breve que la del *Ajbār* pero que sigue su misma secuencia y presenta frases paralelas⁴³. Ahora bien, lo que nos interesa es saber que Tammām gustaba narrar esos sucesos en los que había participado, y que en esta parte del *Ajbār* se ofrece un retrato extraordinariamente positivo de él y a la vez diferente del transmitido por otros historiadores. Frente a Ibn al-Qūṭīyya que le define como *mawlā* de 'Abd al-Raḥmān, en esta obra jamás se dice que lo fuera; por el contrario, se le presenta como destacado *Ṭaqafī* que “acompaña” a los *mawālī* de Ibn Mu'āwiya y colabora con ellos para ayudar al príncipe a conseguir sus propósitos o que actúa junto a otros *mawlā-s*, como Badr⁴⁴.

⁴¹ Cfr SA, *Fuentes*, pp. 18-28 donde indica los sucesivos párrafos que al-Rāzī atribuye a Ibn 'Isā y los que a su vez el último dice tomar de Tammām b. 'Alqama.

⁴² En el texto atribuido a Badr, que narra la entrada de Ibn Mu'āwiya, se dice que se unieron a su causa “*mawālī al-qawm (?)* y los omeyas” (44.10), para después indicar que al llegar a Turruš se unen a él un grupo de omeyas (44.18: *yamā'a min al-umawī*).

⁴³ Por ejemplo, el autor del *Ajbār* (87.14-15) enumera a los caudillos de los diferentes destacamentos, mencionando en último lugar a Ibrāhīm b. Šaḡara, jefe de la caballería beréber, y añade las siguientes frases: el príncipe entrega la bandera a Abū 'Uṣmān; los Banū Umayya se apean colocándose en torno a 'Abd al-Raḥmān, que montaba un caballo alazán e iba armado de arco, y cruzan el río (87.14). En el *Bayān* (47.1-3) se comienza señalando que el príncipe entrega el mando de las tribus árabes a uno de sus oficiales y pone al frente de los beréberes a Ibrāhīm b. Šaḡara, y se reproducen las frases siguientes del *Ajbār*, copiando incluso la expresión Banu Umayya, aunque suprime una de ellas, la relativa a Abū Uṣmān.

⁴⁴ Por ejemplo, al mencionar a los encargados de cruzar el estrecho para ir en busca de 'Abd al-Raḥmān, se les cita como Tammām b. 'Alqama al-Ṭaqafī y Badr *mawlā del príncipe* (74/75); lo mismo

He aquí algunos datos que sobre este “posible autor” hemos extraído del *Ajbār* y de otras crónicas, así como de obras bibliográficas:

Abū Gālib Tammām ibn ʿAlqama al-Ṭaqafī⁴⁵ descendía de un mawlā de ʿAbd al-Rahmān b. ʿAbd Allāh b. ʿUgmān b. Rabīʿa al-Ṭaqafī, nombrado gobernador de Kūfa por Muʿāwiya b. Abī Sufyān, y conocido como ʿAbd al-Rahmān b. Umm al-Ḥakam, designación que resaltaba su nobleza al ser su madre hija de Abū Sufyān y hermana del califa Muʿāwiya.

Nació en Oriente hacia el 101-10/ 720-8⁴⁶, y entró en al-Andalus en 123/741 formando parte del contingente sirio de Balʿ b. Bišr y, posiblemente, del grupo acaudillado por al-Ṣumayl, que se estableció en Qinnasrīn.

Se une a los Omeyas de al-Andalus cuando éstos, al visitar a al-Ṣumayl en Zaragoza, le piden su colaboración, presintiendo que su nombre podría ser signo de buen agüero, y es el encargado de acompañar a Badr para rescatar a Ibn Muʿāwiya de manos beréberes y traerlo a la Península; dato que recogen la mayor parte de los cronistas así como su primera entrevista con el príncipe y la conversación mantenida por ambos. A partir de ese momento no se separa de Ibn Muʿāwiya; está presente en las negociaciones con los embajadores de Yūsuf, viaja a las circunscripciones militares, con el propósito de reclutar nuevos efectivos en apoyo del príncipe y forma parte del ejército que le permitirá alzarse con la victoria. Bajo el gobierno del fundador del emirato omeya andalusí ejerce el cargo de *ḥāyib* que, según el *Ajbār Maʿmūʿa*, le fue conferido en su celebre encuentro en tierras magrebíes, y dirige sus ejércitos como *qāʿid* para someter a sucesivos rebeldes; en el 147 /764 sitia junto a Badr la ciudad de Toledo, donde se había rebelado Hišām b. ʿUrwa, empresa que culmina con éxito y le vale el nombramiento de gobernador de la capital del Tajo (104), puesto que después ejercerá su hijo Gālib. b. Tammām; también se sabe que al

sucede cuando, se narra que Ibn Muʿāwiya, una vez convertido en soberano, manda tropas contra Toledo dirigidas por “su mawlā Badr y Tammām b. ʿAlqama (103.16). Significativo es también que al narrar su primer encuentro con Ibn Muʿāwiya la respuesta, cuando el príncipe le pregunta su nombre, sea, según el *Ajbār*: “Tammām” (75.6); según Ibn al-Qūṭiyya: “tu mawlā Tammām” (24.8).

⁴⁵ Para evitar la proliferación de notas, al ser muchas las noticias que se repiten en diversas obras utilizaremos la presente para informar de las fuentes que nos han permitido trazar esta breve bibliografía: *Ajbār Maʿmūʿa*, ed. Lafuente, 74/75, 74/76, 82/81, 103/97, 106/98, 111/102; ed. al-Abyārī, 72, 77, 95, 97, 101. *Fath al-Andalus*, ed. L. Molina, 81, 82, 106, 112. Ibn al-Abbār, *Ḥulla*, ed. Munis, I, 143-5 (nº 53); ed. Dozy, 77-8. Ibn ʿIḍārī, *Bayān* II, ed. Cólín Lévi Provençal, 45-6, 48, 53-4, 63, 73. Ibn Jaldūn, *Ibar*, IV, 122, 124; Ibn al-Qūṭiyya, *Taʿrīj*, ed. y trad. J. Ribera, 24. 3, 6, 8/18; Ibn Saʿīd, *Mugrib*, I, 44; al-Maqqarī, *Analectes*, II, 20-1, 30, 31, 34; al-Nuwayrī, *Nihāyat*, I, 3/5, 6/7; 13/13; 18/17; Pons, *Ensayo*, 47-8 (nº 5).

⁴⁶ Proponemos esta fecha aproximada al conocer la de su entrada en al-Andalus y la de su muerte.

mando de un ejército comandado por él y por Abū 'Uṭmān combate varias veces a Saqyā b. 'Abd al- Wāḥid al-Fatimī (111), mientras que menos fiable nos parece la noticia de que fue Tammām el que, en 149 /766, conduce a Córdoba a Abū Šabbāḥ b. Yaḥyā al Yaḥsubī, sublevado al ser destituido como gobernador de Sevilla⁴⁷.

En el año 172 /788, cuando desempeñaba un alto cargo en Córdoba, el recién entronizado Hišām mandó matar y crucificar en Toledo a su hijo Gālib b. Tammām, castigo que Ibn al-Abbār atribuye al hermano del nuevo emir, Sulaymān, atribución que consideramos poco probable. De su actividad bajo el reinado Hišām, Ibn 'Idārī, tomándolo de al-Rāzī, cuenta que, en el 174/ 790, Tammām y Šuhayd b. 'Isā participaron como generales en el ejército comandado por Mu'āwiya, hijo de Hišām I, que asedió a Sulaymān b. 'Abd al-Raḥmān en Tudmir (Murcia). A estas noticias podemos añadir que Ibn Sa'īd le presenta como uno de los más ilustres personajes de la corte de al-Ḥakam y que Ibn al-Abbār afirma que fue gobernador de Huesca, Tortosa y Tarazona, aunque no señala el periodo exacto en el que ejerció dichos puestos. Finalmente, y en lo que respecta a su muerte, frente a los que se limitan a indicar que falleció a edad muy avanzada a finales del reinado de al-Ḥakam I, Ibn 'Idārī (73.20) precisa que su óbito tuvo lugar en el año 196/811, después de que al-Ḥakam volviera a Córdoba tras una expedición al país de los cristianos.

En suma, creemos que no existe impedimento alguno que obligue a rechazarle como posible creador de la parte más antigua del *Ajbār* y sí muchos argumentos a su favor. Este guerrero y tradicionista entró en al-Andalus con Balḡ, participó en las llamadas guerras civiles junto a sus compañeros sirios, luchó al lado del príncipe y, más tarde, formó parte de su corte y de la de sus dos hijos; lo que explicaría la presencia en el *Ajbār* de esa multitud de detalles que delatan haber salido de la pluma de un testigo ocular.

2. LA FAMILIA DE LOS TAMMĀM B. 'ALQAMA

Si hasta aquí hemos fijado nuestra atención en la parte más antigua del *Ajbār* para tratar de descubrir a su posible creador, premisa imprescindible para reforzar su

⁴⁷ Nuestra impresión es que, el considerado por nosotros segundo autor, tras copiar el pasaje del texto originario donde su antecesor explicaba con todo detalle la misión encomendada a 'Abd Allāh b. Jālid y sus consecuencias, no pudo evitar la tentación de añadir un "se dice" para introducir una segunda versión que había oído de otros narradores y que le permitía volver a aludir a un miembro de su familia.

autoría es la de hallar descendientes suyos que pudieran haber redactado el resto de los fragmentos.

Las investigaciones que en este sentido hemos realizado nos han permitido localizar a dos destacados miembros.

2.1. El primero y más importante es Tammām b. 'Āmir b. Aḥmad b. Gālib b. Tammām b. 'Alqama al-Ṭaqafī, al que biógrafos e historiadores denominan "Tammām b. 'Alqama". Nació en 187/803, cuando aún vivía su tatarabuelo, y murió en 283/896, después de haber sido ministro de tres emires sucesivos, Muḥammad, al-Munḍir y 'Abd Allāh⁴⁸. De su vida familiar trata Ibn Ḥazm, quien informa de su matrimonio con la hija de un cristiano llamado Rumān (cuya historia relata Ibn 'Abd al-Barr en su *Ajbār al Julafā'*) con la cual tuvo una niña, que más tarde sería esposa de Fuṭays b. Aṣḡab y madre del ministro Isā b. Fuṭays⁴⁹. Otros biógrafos⁵⁰ nos hablan de una hija suya llamada Ruqqaya que fue *kātiba* de la hija del emir al-Munḍir.

Interés particular tiene el conocer que, en este caso, estamos ante un literato y poeta⁵¹ autor de una célebre *urṡūza* o crónica en verso, que narra desde la conquista hasta los últimos días del gobierno de 'Abd al-Raḥmān II; lo que ha movido a Dozy y a otros a sugerir que debió componerse hacia el año 238/852, fecha de la muerte del soberano. Desgraciadamente, no ha llegado a nosotros ni se conserva fragmento alguno, aunque es citada por cronistas andalusíes y poseemos descripciones de su contenido⁵². Según Ibn Ḥayyān⁵³, que le califica de "literato eminente" (*'ālim adīb*), en ella se narra la entrada de Ṭariq y la conquista de al-Andalus, se mencionan los nombres de los gobernadores y emires y se describen los conflictos armados que en dicho periodo tuvieron lugar, o sea, los mismos acontecimientos que se anuncian en el título del *Ajbār*. Por Ibn al Qūṭiyya sabemos (7.1/4) que encerraba noticias

⁴⁸ Sobre este segundo Tammām b. 'Alqama, véase, Ibn al-Qūṭiyya, 6/4, 101/86, 103/88. Ibn 'Idārī, *Bayān* II, 152.7-8, y súmense las páginas citadas en nota 45 de Ibn al-Abbār (*Hulla*), Ibn Sa'īd y Pons, que hablan de los dos Tammām en un mismo artículo, así como las correspondientes a notas posteriores.

⁴⁹ Cfr *Naqṭ al 'Arūs*, ed. A. Ubieto Arteta; texto árabe de Seybold, p. 175; trad. Seco de Lucena, 95. En el texto árabe se lee 'Alī b. Fuṭays, lo que consideramos una errata por no conocer ministro con ese nombre.

⁵⁰ Cfr. Ibn al-Abbār, *al-Takmila*, ed. M. Alarcón, Madrid, 1915, n° 2864, e Ibn 'Abd al-Malik al-Marrākuṣī, *al-Dayl wa-l-takmila*, VIII/2, n° 252.

⁵¹ Como poeta, además de la *urṡūza*, compuso casidas, aunque únicamente conocemos una de ellas, reproducida por Ibn al Abbār, *Hulla*, p. citada.

⁵² Comentarios sobre esta *urṡūza* encontramos en J. Ribera, *Disertaciones*, I, 106-108; A. Galmés de Fuentes, *Épica árabe y épica castellana*, Madrid, 1978, 39-41; F. Marcos Marin, *Poesía narrativa árabe y épica castellana*, Madrid, Gredos, 1971, 105-6.

⁵³ Cfr. Ibn al Abbār, ob. y p. citadas.

relativas a sus propios antepasados, como son las concernientes a Sara la Goda, nieta de Witiza, noticias que se piensa debió recoger de su esposa cristiana. Por su parte, Ibn Dihya⁵⁴ le atribuye una crónica en prosa (*ta'rīj*), en la que se exponen con todo detalle y, a veces, en primera persona, e introducidos por un: “dijo Tammām b. ‘Alqama”, hechos que el célebre poeta Yahyā b. al-Ḥakam al-Gazāl contó a Tammām, poemas que recitó y conversaciones que ambos mantuvieron; crónica en la que se narra el viaje que dicho poeta realizó a la corte del rey de los normandos, como embajador de ‘Abd al-Raḥmān II⁵⁵, empresa no mencionada por cronistas o biógrafos árabes anteriores al s. XIII, cuando el escritor valenciano murió, dato que ha movido a Lévi-Provençal, frente a otros eruditos, a dudar de su existencia⁵⁶.

Un último punto que creemos debe ser resaltado es el hecho de que viviera el periodo de la formación de la historiografía hispano árabe y fuera contemporáneo de esos primeros cronistas andalusíes, cuyas obras serán utilizadas más tarde como fuente primordial. Si se acepta nuestra tesis y se desea encontrar explicación al porqué en los fragmentos del *Ajbār* que atribuimos a este literato y en los trabajos de otros historiadores aparecen unas mismas anécdotas, poemas e, incluso, frases paralelas, se han de tener presente dos etapas de su larga vida. En la primera formó parte de la corte de ‘Abd al-Raḥmān II, corte a la que también pertenecían Abd al-Raḥmān b. ‘Abd al-Ḥamīd b. Gānim”, general y ministro de dicho príncipe, a la vez que literato y poeta, y el célebre al-Gazāl (772-874), que alcanzó la vida de cinco soberanos omeyas (desde Ibn Mu‘āwiya a ‘Abd Allāh), se encontraba vinculado a nuestro Tammām por fuertes lazos de amistad y fue autor de una *urýūza*, que narraba desde la conquista hasta la entrada de ‘Abd al-Raḥmān⁵⁷. En este periodo pudo

⁵⁴ *Al-Muṭrib min as‘ar ahl al-Magrib*, ed. al-Abyārī y otros, Beirut, 1955, p. 133.

⁵⁵ Dozy reproduce el texto de Ibn Dihya en *Recherches*, II (Leiden, 1881), Apéndice XXXIV, p. LXXXI-VIII y ofrece su traducción y comentario en pp. 267-78. Sobre esta embajada véase también, al-Maqqarī, I, 630-1; Lévi-Provençal, *Histoire de L’Espagne musulmane* (cit. HEM), I, Paris-Leiden, 1950, pp. 244-5; ibid, “Un échange de ambassades entre Cordoue et Bizancio”, en *Islam d’Occident. Études d’Histoire Médiévale*, Paris, 1948, pp. 96-8; C.E. Dubler, “La crónica arábigo-bizantina de 741”, *Al-Andalus*, XI (1946), 342; Pons, *Ensayo*, 39-43 (nº 2) y 281-83 (nº 238).

⁵⁶ Aunque Pons (*Ensayo*, p. 47-7, nº 5), R. Dozy (*Recherches* II, 268) y Sánchez Albornoz (*Fuentes*, 95) no ponen en duda la existencia de esta obra en prosa de Ibn ‘Alqama y de la mencionada empresa diplomática, Lévi-Provençal (HEM, I, 253-4) califica la embajada a tierras escandinavas de “fábula inventada por el literato valenciano a partir de episodios que tuvieron lugar en el siglo X”. Por nuestra parte estamos de acuerdo con Lévi-Provençal en cuanto a la embajada, pero no desechamos la posibilidad de que recogiera el rumor de que Ibn ‘Alqama había escrito una crónica en prosa.

⁵⁷ Sobre el contenido de esta *urýūza*, véase SA, *Fuentes*, p. 94.

además entrar en contacto con ʿAbd al-Malik b. Ḥabīb (790?-852-3), historiador muy ligado al mencionado príncipe, al que dedicaba versos y asesoraba jurídicamente, y con sus discípulos, Muḥammad b. Waḍḍāh (nacido en Córdoba en 814) y Yūsuf b. Yaḥyā al-Magāmī (m. 899), así como con otros contemporáneos suyos⁵⁸. En una segunda etapa, cuando ejerció el cargo de ministro bajo los tres últimos emires, conocería en la corte de Muḥammad, al historiador Muḥammad b. Mūsā al-Rāzī (m. 890) y al literato y poeta Walīd b. ʿAbd al-Raḥmān b. Gānim, mientras que sería en la de ʿAbd Allāh donde tratase al tradicionista Muḥammad b. Walīd.

2.2. Finalmente, y en lo que respecta al último eslabón, podemos suponer la existencia de descendientes directos interesados por la cultura y la historia aunque, en este caso, los biógrafos sólo nos hablan de la hija ya citada. Para localizar al posible autor de la parte de ʿAbd al-Raḥmān III, hemos de volver la mirada a Toledo, a ese Gālib b. Tammām, asesinado y crucificado por los Omeyas y, en concreto, a un hijo de ʿAbd Allāh b. Tammām b. Gālib, del cual no hay noticias en los diccionarios biográficos aunque se le supone nieto del anterior, y se sabe que fue padre de dos ulemas toledanos Tammām y Muḥammad⁵⁹. Nos interesa en particular el primero, llamado Abū Gālib Tammām (917-987), que “destacó en el cultivo de las ciencias, hasta el punto que fue llamado a Córdoba por al-Ḥakam II”⁶⁰, donde tuvo entre otros discípulos a Ibn Abī Zamanīn y a Ibn al-Faradī, el último de los cuales será también discípulo de Ibn al-Qūṭiyya. Es decir, contamos con otro tataranieto del primer Tammām, que vive en la corte cordobesa de ese príncipe que pidió se pusieran por escrito “las hazañas de las pasadas generaciones” y “se renovase el recuerdo de lo que se iba olvidando”⁶¹. Pudo, por lo tanto, encargarse de reunir los apuntes del archivo familiar y de completarlos con la redacción del reinado de ʿAbd al-Raḥmān III.

⁵⁸ Sobre los historiadores de este periodo, véase P. Chalmanta, *Invasión e Islamización*, pp. 40-3 y Sánchez Albornoz, *Fuentes*, 79-96. Curiosamente, el segundo, al estudiar en dichas páginas a los primeros historiadores árabes (incluido nuestro Tammām), menciona a dos cronistas, autores respectivos de dos fragmentos del *Ajbār*: el guerrero cordobés que vivió en la época ʿAbd al-Raḥmān II y otro historiador, contemporáneo de Muḥammad, sin pensar que ambos pudieran ser la misma persona.

⁵⁹ Cfr. Fierro, “Los mawālī de ʿAbd al-Raḥmān I”, *Al-Qanṭara*, XX (1999), p. 85, en la entrada dedicada a Tammām b. ʿAlqama, opina que ʿAbd Allāh b. Tammām b. Gālib y sus descendientes pertenecían a dicha familia, teoría que apoyamos plenamente, sobre todo, si tenemos en cuenta que el autor de la *uryuza*, era nieto de Aḥmad, b. Gālib b. Tammām y tendría un hermano al que habrían puesto, siguiendo la costumbre árabe, el nombre de su abuelo, o sea, Tammām b. Gālib b. Tammām, que sería el padre de este ʿAbd Allāh.

⁶⁰ Cfr. Marín, M, “Familias de ulemas de Toledo”, *EOBA* V, 244-5.

⁶¹ Sobre éstas y otras frases relativas a la postura de al-Ḥakam II, véase la reproducción de las palabras de al-Juṣānī, en J. Ribera, *Historia de los jueces de Córdoba por Aljoxani*, Madrid, 1914, pp. 3-4.

3. APUNTES SOBRE LOS FRAGMENTOS RESTANTES Y CONCLUSIONES EXTRAÍDAS

Aprovechamos esta entrada para ofrecer un breve resumen de las notas que hemos tomado sobre el resto de los fragmentos e informar de las conclusiones extraídas; aunque lo hacemos desde un nuevo enfoque que permita percibir si las observaciones que se vienen realizando sobre cada uno de ellos encuentran explicación cuando se parte de la hipótesis de que el *Ajbār* fue compuesto por miembros de la familia de Tammām b. ‘Alqama.

3.1. Los anales de reinado de ‘Abd al-Raḥmān I

El segundo fragmento en antigüedad es, para nosotros, el estudiado por Sánchez Albornoz con el título del presente epígrafe y denominado por Chalmeta “historia de los rebeldes” (101.2 –116.13/94-106). Se inicia con la muerte de al-Ṣumayl, concluye con la del propio soberano “a los treinta y tres años y tres meses de su mando”, y contiene el relato de las sucesivas sublevaciones que el príncipe ahogó en sangre a lo largo de su reinado. En lo que respecta a la fecha de su puesta por escrito, Sánchez Albornoz y Chalmeta coinciden al ubicarla poco después de las campañas de ‘Abd al-Raḥmān II contra Mérida (828-33).⁶², tesis que compartimos, pero sólo en lo que atañe a la redacción final, por considerar que, básicamente, es obra del autor de la crónica siria.

3.1.1. Se ha repetido que este fragmento se diferencia claramente del anterior por el tono, el estilo de la redacción y los contenidos. Para Sánchez Albornoz es “una sombría y monótona historia de cadenas de rebeliones y de crueles castigos” en la que “sólo se describen batallas, asesinatos, incendios y saqueos” y “no se registran anécdotas devotas o actos de generosidad, ni se localizan frases elogiosas del príncipe o que traten de su piedad o talentos literarios”⁶³.

En nuestra opinión, es una crónica realista, que dibuja el retrato de un hombre

⁶² Sobre los argumentos del primero, véase, SA, *Ajbār*, pp. 116-131; sobre la opinión de Chalmeta, véase art. cit. p. 59.

⁶³ Cfr, SA, *Ajbār*, pp. 128 y 110-11.

cuya única preocupación es sostenerse en el trono a cualquier precio, lo que le impide entretenerse con las esclavas del harén o en tertulias literarias. Es la historia de la vida de un monarca carente de escrúpulos que, una vez conseguido el poder, decide olvidarse de los favores recibidos de antiguos aliados y, obsesionado por asegurar su futuro, no duda en matar a todo aquél que, con o sin razón, considera un enemigo en potencia. En esta crónica somos testigos de sucesivas rebeliones, aplastadas de la forma más cruel, y de crímenes injustos. Si faltan pasajes que permitan esbozar una sonrisa es porque se está reflejando un periodo histórico en el que no hubo cabida para el divertimento o las elucubraciones del espíritu; en el que la idea de sobrevivir acaparaba la mente, sin dejar un espacio para el fervor religioso, la práctica de actos piadosos o el disfrute de placeres mundanos.

También se ha señalado que el estilo de la redacción es muy distinto y las narraciones “no están aderezadas con anécdotas que sirvan de oasis, ni con detalles pintorescos y diálogos expresivos”⁶⁴. Es cierto que abundan los relatos en los que, de manera escueta, se informa de determinadas sublevaciones y del castigo recibido por los insurrectos, relatos que se inician con un “después de rebeló”, formando una lista interminable. Pero, de la misma forma, no faltan las narraciones de carácter anecdótico y novelesco, que en nada se distinguen de otras consignadas en la crónica siria, y en las que contemplamos escenas de gran fuerza dramática o escuchamos diálogos expuestos en un lenguaje vivo y lleno de sensibilidad e ingenio.

Entre otras podemos recordar la rebelión de al-'Alā' al Yaḥṣubī (101-3/95-7), que concluye con el envío en unas alforjas de las cabezas de los rebeldes, las cuales serán arrojadas por la noche en la plaza de Qayrawān; el asesinato de Abū Ṣabbāḥ, aderezado de expresivas palabras y breves poemas y donde se plasman los sucesivos movimientos y reacciones de los distintos protagonistas (106/99); la descripción de la campaña de Toledo dirigida por Badr y Tammām b. 'Alqama (104-5/97-8) con la pormenorizada exposición de los incidentes que sobrevienen cuando los prisioneros son conducidos a Córdoba y las palabras sarcásticas que se lanzan los condenados a muerte; la violenta disputa entre Ḥafṣ b. Maymūn, que defendía la superioridad de los Maṣmūda sobre los árabes, y Gālib b. Tammām que, en contestación, le asestó una cuchillada produciéndole la muerte, “hecho que no desagradó al Emir” (113.11), así como la consecuencia de este suceso que costará también la vida al hermano de la víctima. Nos referimos a cuando más tarde Wahb Allāh b. Maymūn amenaza al príncipe, que se ha lavado las manos ante una afrenta hecha a un fiel cliente beréber,

⁶⁴ Cfr., *ibid.*, 109 y 112

y le dice: “Si los Qurayš no salen en nuestra defensa, setenta mil espadas se alzarán en pro de nuestra causa” (115.1-2). Relatos, éstos y otros, plagados de detalles que sólo han podido ser conocidos por un testigo presencial, o por alguien que vivía en contacto muy directo con los protagonistas⁶⁵.

Los estudios realizados en torno al lenguaje revelan la presencia de voces y expresiones localizadas en el fragmento anterior y de otras que empiezan a utilizarse aquí y se repiten en páginas posteriores como si hubieran intervenido dos manos, aspecto en el que no nos detenemos por haber sido analizado en profundidad en otro artículo⁶⁶. Únicamente comentaremos un detalle destacado por Sánchez Albornoz (115); el de distinguirse de la crónica de las guerras civiles por carecer de narraciones introducida por un “me contó”, ausencia que a nosotros no nos ha sorprendido, porque no estamos ante una “historia” que intenta ser lo más completa posible, sino ante notas relativas a hechos que el autor conoce mejor que nadie. Si en la “crónica siria” se ha visto precisado a acudir a compañeros para poder informar de la vida de ‘Abd al-Raḥmān antes de entrar en la Península, o para explicar actos y reproducir conversaciones de los omeyas en las que no ha participado; ahora y, si nuestra hipótesis es correcta, como ministro y *qā'id* no necesita preguntar a ningún “narrador” para conocer lo sucedido en palacio o en un determinado conflicto bélico.

Finalmente, característica particular de este cuerpo es la no localización de fecha alguna, aunque se señala el día en que ocurrió un determinado suceso e incluso, en una narración, se precisan los movimientos del príncipe en diversos días de la semana⁶⁷.

.....3.1.2. En lo que respecta a la personalidad de su autor, Sánchez Albornoz⁶⁸ cree ver en estas páginas “la pluma de un guerrero”, pero no, como pensaba Ribera, “la

⁶⁵ Como muestra podemos señalar dos detalles: en el relato de Abū Ṣabbāh, el hecho de indicar (106.4) que el príncipe, al ser amenazado por el yemení “llamó a una esclava negra, natural de Medina, que era la que cuidaba de su harén y tenía a su cargo la educación de las esclavas”, información que sólo sería conocida por los que vivían en palacio; en el relativo al alzamiento de Yahyā b. Yazīd, la indicación de que, en ese momento el príncipe “estaba divirtiéndose en una cacería y Badr le envía un correo para comunicárselo (110.1-2).

⁶⁶ Nos referimos al citado en nota 5.

⁶⁷ Se trata de la sublevación de Rumāhis b. ‘Abd al-Azīz al-Kinānī (112/103), gobernador de Algeciras, donde se indica que la conspiración se tramó un lunes, llegó la noticia al emir el viernes, se puso en marcha el sábado y, el miércoles, cuando habían pasado diez días, se presentaron ante el rebelde las tropas gubernamentales, añadiendo el curioso detalle de que de que al-Kinānī se encontraba en ese momento en el baño y se acababa de untar con una pasta depilatoria.

⁶⁸ Cfr, respectivamente, SA, *Ajbār*, pp. 112, 115, 110 y 111.

del mismo guerrero *qurayṣī* de la crónica de las guerras civiles”; porque este segundo no pronuncia “ni una palabra que descubra su devoción por los omeyas”, añadiendo que es, además, un hombre insensible a la muerte o al dolor y al que no le merecen simpatía los rebeldes. Si bien coincidimos con él en apoyar que fue un guerrero y que en nada se parece “al alfaquí o alfaquíes autores de la historia de los emires cordobeses”, discrepamos básicamente en lo que respecta al resto de sus apreciaciones.

Para nosotros, su autor es un hombre de edad avanzada, desilusionado por el comportamiento de ese monarca al que ha prestado su apoyo, de ese ser cruel e injusto, que basa su poder en el terror. Sus sentimientos se traslucen a lo largo de todo el fragmento y son, claramente, de pesar y rabia. No olvidemos que se inicia con la muerte de al-Ṣumayl, de la que no parece querer hablar, como si le embargara el dolor al pensar en ello, relato que termina con unas palabras muy sentidas: “su hijo Muḥammad quedó sólo y desamparado en la tierra”⁶⁹. Si, como sospechamos, es el autor de las guerras civiles, éste ha tenido que sentirse afectado al ver cómo son aniquilados uno tras otro sus antiguos compañeros yemeníes y beréberes que junto a él lucharon por la causa del príncipe y que ahora reciben la muerte como pago; al constatar que busca disculpas para asesinar al-Ṣumayl, a pesar de que una vez firmada la paz le ha sido fiel y se ha negado a secundar a Yūsuf; que manda matar a los yemeníes sevillanos que permanecen a su lado, cuando tiene lugar la sublevación de otros contribulos (109.1); que falta a su palabra con Abū Ṣabbāḥ a quién engaña y mata, acción que mueve a 'Abd Allāh b. Jālid, que había actuado de intermediario, a renunciar a su empleo (105.16-106.1); que se comporta cruel e injustamente con los beréberes, a los cuales ordena pasar a cuchillo, a pesar de haber cumplido su promesa de emprender la huida en mitad del combate, arrastrando al resto de las tropas para conseguir, de esa forma, que el príncipe alcance la victoria (108.11). Desde luego el tono de esta parte es muy distinto porque las circunstancias lo exigen, pero eso no significa que el cronista sea otro o carezca de sentimientos, sino todo lo contrario. Ese hombre joven y lleno de vitalidad, que escribe la historia de su grupo y que se siente ilusionado con la idea de que sus esfuerzos permitan construir un mundo mejor, se ha convertido en un ser triste y temeroso que mira al futuro sin esperanzas.

Por otro lado si, como dice Sánchez Albornoz (110-11), su autor “no acertó a destacar la figura magnífica de 'Abd al-Raḥmān” ni “a comprender la transcendencia

⁶⁹ Reproducimos aquí la traducción elegida por Lafuente (95) para la expresión *baqiya hāriban fi-l-ard* (101.4), al aplicarse el participio a vagabundos o a personas que marchan por la vida sin rumbo.

de sus actos y cuánto le debió el Islam español”, es precisamente porque, al ser testigo de los sucesos que narra y sentirse afectado por ellos, el dolor le ha impedido juzgarlos con objetividad o adquirir una visión de futuro. Sólo un cronista que escribe desde la lejanía puede analizar fríamente los hechos históricos y calibrar hasta qué punto los resultados alcanzados compensan o disculpan los medios utilizados.

Para el mismo erudito, su autor vivió en tiempos de ‘Abd al-Raḥmān II, tuvo en sus manos la crónica de las guerras civiles y gozó de la amistad de ‘Abd al-Raḥmān b. ‘Abd al-Ḥamīd b. Gānim”, ministro de dicho príncipe. La primera afirmación la apoya en diversos argumentos pero, sobre todo, en la anécdota de al-Ṣadfūrī (84-5/82-3) incrustada en la historia de las guerras civiles, anécdota que concluye con las siguientes frases: “cuando envejecía el turbante -que había servido como bandera a Ibn Mu‘āwiya- se cubrían los viejos trozos con un turbante nuevo”, “costumbre que continuó todo el tiempo de Hišām, al-Ḥakam y ‘Abd al-Raḥmān II, hasta las campañas de Mérida”, momento en que “Abd al-Raḥmān b. Gānim y al Iskandarī los desataron y arrojaron”. La segunda, la sustenta en el convencimiento de que a él, y no al compilador, debe atribuirse la paternidad del pasaje relativo a las circunstancias bajo las cuales Ibn Mu‘āwiya entregó la esclava llamada Kilṭām a ‘Abd al-Ḥamīd b. Gānim (100/94)⁷⁰, pasaje localizado también en el fragmento anterior. La tercera, en las continuas referencias al citado ministro y, de modo especial, a su padre, por considerar que sólo un hombre vinculado por fuertes lazos de afecto a los Banū Gānim ha podido incluir en estos anales dos alusiones –en el relato de la compra del esclavo Bāzi‘ (109/101)⁷¹ y en el de la sublevación de al-Yazīdī (110/101)⁷²- a un personaje... como ‘Abd al-Ḥamīd b. Gānim que no destacó en la escena política de su tiempo.

En la misma línea hemos de preguntarnos por qué en esta parte y en la anterior se nombra tan a menudo a Tammām b. ‘Alqama e, incluso, qué sentido tiene el mencionar la disputa de su hijo Gālib b. Tammām con Ḥafṣ b. Maymūn al hablar de la sublevación de Ibn al-‘Arabī, disputa que a muy pocos podía interesar y es silenciada por otros cronistas.

⁷⁰ Cfr. SA, *Ajbār*, 119-20, 125-6, y, en particular, 127-8. Frente a su teoría, defendemos que sólo ha interpolado la última frase “que fue la madre de ‘Abd al-Raḥmān b. ‘Abd al-Ḥamīd b. Gānim” (100.4-5).

⁷¹ Cfr. el párrafo que sigue a la noticia de que “fue nombrado oficial de la guardia negra”, donde se añade: “la única que había entonces, porque no se conocía la que hoy existe, que fue establecida por el emir al-Ḥakam; y aunque había infantería y caballería; ésta se hallaba bajo el mando del general de la infantería ‘Abd al-Ḥamīd b. Gānim, sin distinción de caballeros ni guardias como hay ahora” (109. 5-8).

⁷² En ella se indica que el soberano llamó a ‘Abd al-Ḥamīd b. Gānim, jefe de la infantería y le dijo: “vete y prende al rebelde Yahyà b. Yazīd” (110. 4-5).

3.1.3. En suma, estamos ante apuntes del creador de la “historia de las guerras civiles”, pero redactados en un periodo posterior. Es posible que en un momento dado, quizá tras la muerte de al-Ṣumayl, el dolor le moviera a poner punto final a la “crónica siria”. Sin embargo, como hombre amante de la historia, y que gustaba narrar tradiciones y contestar con precisión a preguntas sobre esos hechos que había presenciado, decidió, antes de que su memoria fallara, reunir notas que le sirvieran de memorándum. Por un lado prepararía esa larga lista de sublevaciones con los nombres de sus protagonistas; por otro, describiría con todo detalle sucesos que habían llamado su atención. Naturalmente, como “narrador”, ofrecería versiones distintas en función de la audiencia y sólo dentro del círculo familiar o de amigos íntimos contaría esa historia que reflejaba en sus papeles.

Ahora bien, el fragmento, tal y como ha llegado a nosotros, no puede decirse que sea por entero obra suya. No dudamos de que su tataranieta, Tammām b. ʿĀmir fue el responsable tanto de la redacción definitiva de este cuerpo y del anterior como de esas interpolaciones que se atribuyen a un contemporáneo de ʿAbd al-Raḥmān II, tesis en consonancia con las mencionadas observaciones de Sánchez Albornoz y a las que se pueden sumar otros argumentos.

No se ha de olvidar que formó parte de la corte de ʿAbd al-Raḥmān II, donde continuaría la amistad entablada por su antecesor con los Banū Gānim, y que escribió una célebre crónica en verso, cuyos contenidos coinciden con los consignados en el título del *Anónimo*; además de considerarse redactada por las mismas fechas que Sánchez Albornoz y Chalmeta⁷³ atribuyen a estos “anales de ʿAbd al-Raḥmān I”. Asimismo, resulta natural que, como poeta, fuera el responsable de los muchos versos que se incluyen a partir de señalarse la muerte del primer soberano omeya andalusí.

Finalmente, si nuestra hipótesis es correcta, Tammām b. ʿĀmir, al copiar los papeles de su antepasado, haría los cambios precisos para evitar se supiera la procedencia de estas tradiciones, no precisamente pro-omeyas. Es posible que en una primera redacción sustituyera relatos en primera persona por un “dijo Tammām”, para más tarde suprimir dicho nombre, hecho que nos ha sido sugerido al constatar la presencia, únicamente en “la crónica siria”, de un extraño *qāla* aislado, que no parece tener cabida en el texto, al no señalarse previamente nombre alguno que dé a conocer

⁷³ Chalmeta (art. cit., pp. 54, 59) piensa que tanto esta crónica como las dos anteriores se escribieron por la misma época, es decir, hacia el 835, poco después de las campañas de Mérida, tesis que compartimos por atribuir a Tammām b. ʿĀmir la redacción final de los tres fragmentos.

al personaje que está hablando⁷⁴. Asimismo, nos hemos preguntado por el sentido de una curiosa frase “Aquí se vuelve a una parte de la historia de ‘Abd al-Raḥmān, la relativa a lo que *nos trajo* al cerco de al-Ṣumayl, con el propósito de presentar el relato en orden” (67/70), frase que se le pudo haber escapado, al tratar de hacer los cambios necesarios para ocultar al verdadero autor, y frase sugeridora de que, en los papeles originales, éste señalaba, de acuerdo con la realidad histórica, haber formado parte de las tropas que salieron en auxilio de al-Ṣumayl.

3.2. Crónica de la Conquista y de sus walíes hasta el 740

Una tercera crónica es la que narra la historia de la conquista de al-Andalus y el periodo de los gobernadores que precedieron a ‘Abd al Malik b. Qaṭan (2.1-30.10/16-42), concluyendo justo antes de indicarse la salida de Kulṭūm. Para Chalmeta se redactó, posiblemente, en las mismas fechas que los dos fragmentos siguientes, o sea, hacia el 835. Para Sánchez Albornoz es obra del compilador y a la vez autor de “las noticias sobre el reinado de Abd al-Raḥmān III” y, por lo tanto, de un alfaquí y noble qurayši que escribe en el primer tercio del siglo XI. Para nosotros es una crónica basada únicamente en tradiciones orales, a la que se dio forma definitiva hacia mediados del siglo IX, después de subir al trono Muḥammad, tesis que basamos en el análisis de su terminología.

En este sentido hemos de señalar que, a las observaciones realizadas por Sánchez Albornoz sobre el uso, en esta parte y no en las dos posteriores, de los vocablos Granada y Málaga, podemos añadir las conclusiones expuestas en dos trabajos sobre la expresión los “*mawālī*”⁷⁵, muy utilizada por Ibn al-Qūṭiyya. En ellos mostramos que empieza a emplearse a partir de la muerte de ‘Abd al-Raḥmān II para definir a un grupo social integrado por los considerados “parientes” de los omeyas, y del que forman parte tanto los llamados *Banū Umayya* en la crónica siria del VIII y sus descendientes, como los que han establecido lazos de clientela con los soberanos a partir de ‘Abd al-Raḥmān I. El hecho de que el único testimonio consignado en el *Ajbār* (6.14) se localice en estas páginas revela, a nuestro entender, la imposibilidad de haber sido redactadas antes de la fecha señalada. Por otro lado, se ha de destacar la

⁷⁴ El primer *qāla* aparece tras anunciarse la vuelta al *hadī* de la entrada de Balṯ (37.11); el último, poco antes de concluir el fragmento (98.12). Su presencia se capta con claridad en la ed. de al-Abyārī (pp. 57-92), por haberse separado en ella los diversos párrafos y localizarse al comienzo de ellos.

⁷⁵ Cfr. D. Oliver, art. cit. Sobre este nombre tenemos en prensa un segundo artículo mucho más extenso con el título: “Sobre el significado de *mawālī* dentro de la historia de al-Andalus”.

aparición de una extraña frase acreditativa de que se escribió después de ponerse en limpio el siguiente fragmento. Aparece en el relato de ʿAbd al-Malik b. Qaṭan cuando se dice que quedó dueño de al-Andalus hasta la entrada de Balʿ. momento en que se agrega “ya hemos descrito la causa de su entrada en historias que vendrán después de esto”⁷⁶.

3.2.1. Estamos ante una crónica muy diferente a las examinadas con anterioridad. En ella se reúnen datos, noticias y anécdotas recogidas de narradores de etapas diversas y de distinta educación, sin señalarse en ningún momento de quién o de donde se toman.

En lo que respecta a su contenido éste ha de calificarse de muy irregular. Unas veces se describe de manera concisa una serie de hechos o se menciona el nombre de determinados gobernadores, sin agregar información alguna sobre sucesos acaecidos bajo su mandato; en otras ocasiones se ofrecen narraciones con todo tipo de pormenores y acompañadas de diálogos y curiosas anécdotas⁷⁷. Dentro de estas últimas, únicamente diremos unas palabras de la que cuenta la recepción en la que el gobernador de Ifrīqiya ʿUbayd Allāh b. al-Ḥabḥāb recibe a ʿUqba al Salūlī, por mencionarla Ribera y Sánchez Albornoz como prueba de la ascendencia qurayšī del redactor, cuando nosotros pensamos que refleja todo lo contrario. El estudio que hemos realizado sobre ella⁷⁸ nos ha llevado a apoyar que su autor trata de denunciar comportamientos de los soberanos y de sus *mawālī* omeyas, y que Ibn al-Qūṭiyya, molesto por sus contenido, decidió contestarle en el relato de Artobas⁷⁹.

⁷⁶ Cfr. 29.7-8: *qad waṣafnā sababa dijūlu-hi fī aḥadiṯ taʿtī baʿda ḥādā*. No podemos aceptar la traducción de Lafuente (41): “mas adelante referiremos la causa de su venida, según la tradición que se insertará después” porque supondría el estar ante el único ejemplo de esta obra del uso del perfecto con valor de futuro, además de no hacerlo en una frase idéntica incluida poco después (31.14), referente a que “ha explicado” (*qad waṣafnā*) la causa de la rebelión de Maysara, lo que sí ha hecho antes, en 28.12-5.

⁷⁷ No creemos necesario detenernos a hablar de sus contenidos, ampliamente estudiados por Sánchez Albornoz en la ob. cit., tanto en el capítulo dedicado a este fragmento como en aquellos donde investiga sus fuentes.

⁷⁸ Cfr. Oliver, D., “Una nueva interpretación...”, p. 146, nota 9.

⁷⁹ En la anécdota del *Ajbār* (25-27/36-37), el gobernador sienta en el trono a “un beduino”, estando presentes los Qurayš y los árabes, lo que molesta a sus hijos, “que eran unos orgullosos”, y pronuncia un interesantísimo discurso contra los omeyas. Si es acertada nuestra sospecha, este relato llegó a oídos de Ibn al-Qūṭiyya y ello hizo que, como *mawālī* se sintiera atacado y decidiera, en el relato de Artobas (38-40/29-31), sentar a un *mawlā* en el trono “estando presentes los jefes de los *mawālī* y de los árabes”, para después contestar a al-Ṣumayl, que en este caso es el que critica su postura, a través de otro discurso que tampoco tiene desperdicio.

Coincidimos con Sánchez Alborno en creer que en esta parte hay “una larga serie de errores, ignorancias, contradicciones y olvidos” (47), pero no en considerarlos “prueba de su modernidad” (49). A nuestro entender, si hubiera sido redactada, como él piensa, a comienzos del XI y a partir de crónicas conocidas, no tendrían sentido todos esos defectos, porque habría resultado fácil copiar de ellas, por ejemplo, la lista completa de los gobernadores, o presentar sobre diversos hechos información puntual y no datos vagos e imprecisos.

Si volvemos sobre el lenguaje y nos centramos de manera paralela en el estilo de la redacción, podemos informar que, en este fragmento se registran expresiones localizadas en la crónica siria y en los anales de ‘Abd al-Raḥmān I⁸⁰, y vocablos exclusivos así como otros que sólo volverán a consignarse a partir de las estampas de los emires omeyas⁸¹. En cuanto a la estructura se sigue el mismo esquema que en la crónica siria, es decir, se incluyen avisos de que se corta el relato para enlazar con otro precedente (29.9) o con el propósito de recordar que más tarde se referirá el suceso al que se acaba de aludir (28.11).

3.2.2. Resulta muy difícil concretar la personalidad del autor o autores de este cuerpo. Primero, porque se ha fraguado a partir de tradiciones orales que han podido ser tomadas de narradores de etapas históricas diversas y, a la vez, ser reproducidas literalmente o redactadas en un lenguaje distinto al escuchado. Segundo, porque el análisis de la terminología y del estilo de la redacción, caracterizado por su irregularidad, sólo autoriza a extraer conclusiones relativas al responsable de la redacción final, pero no a destacar el momento en que los diversos relatos fueron por primera vez puestos por escrito. De todas formas, el análisis de su contenido hace visible que no estamos ante la recogida sistemática de los principales *ajbār* sino de esas historias que, por motivos diversos, han acaparado la atención de un grupo familiar con gustos muy particulares.

3.2.3. Al tratar de precisar cuál es la aportación exacta de cada uno de los dos “Tammām b. ‘Alqama” que pudieron participar en este fragmento nos vemos obligados a movernos en el terreno de las hipótesis. Es lógico que el más antiguo, el

⁸⁰ Si bien no nos detenemos en este aspecto, al haber sido examinado de manera detallada en el artículo citado, indicaremos, como ejemplo, el frecuente empleo de *yuqālu* ‘se dice’ para introducir una segunda versión o completar la historia con un nuevo dato, uso que se repite en la crónica siria y cuyos dos últimos testimonios corresponden a los anales de ‘Abd al-Raḥmān I.

⁸¹ Dentro de los primeros podemos citar el vocablo los *mawālī*; como propio de los segundos, la expresión *hukiya anna*, que abre esta obra y no volverá a repetirse hasta el fragmento de las estampas de los emires.

que entró en al-Andalus con Balŷ, se interesara por el pasado de las tierras donde vino a establecerse y, tras preguntar a los baladíes con los que convivía sobre la historia de la conquista y de sus gobernadores, tomase notas que su sucesor utilizaría, aunque, de ser así, éstas serían ordenadas y retocadas. Una segunda posibilidad es que fuese el autor de la *urŷūza* el que, quizá, como paso previo a la composición de su poema, reuniera información sobre el primer periodo, pero de nuevo no encontramos datos que permitan conocer si todas o parte de las noticias le han sido transmitidas dentro del círculo familiar o si las tomó de narradores de oficio, de cortesanos e incluso de cronistas de su tiempo.

3. 3. Estampas de los emires omeyas

Una cuarta crónica es la relativa a la historia de los emires omeyas. Según Sánchez Albornoz y Chalmeta, se inicia con los poemas y anécdotas sobre 'Abd al-Raḥmān I (116.14/106), consignados tras indicarse su muerte; se continúa con el reinado de Hišām (120. 4/109) y concluye al cerrarse el capítulo correspondiente a 'Abd Allāh (153.10/133) o, según otros, a 'Abd al-Raḥman III (165.9 /142)⁸². Para el primero fue escrita hacia el año 900, por un alfaquí, devoto y cortesano, que conoció la época de los emires Muḥammad, al-Munḍir y 'Abd al-Allāh; para Chalmeta, hacia el 940 o bien en el reinado de al-Ḥakam⁸³; y para Ribera fue redactada, al igual que la siguiente, “en los mejores tiempos del califato omeya, los de 'Abd al-Raḥmān III”. En cuanto a nuestra opinión, hemos creído distinguir dentro de ella dos partes, ambas del mismo autor; la primera (116.14-141.13), concebida como continuación de la historia de Ibn Mu'āwiya, se extendería hasta 'Abd al-Raḥmān II, inclusive; la última (141.14-151.10), escrita en fecha posterior, correspondería a notas tomadas a lo largo del reinado de los tres últimos emires.

3.3.1. Este fragmento se aparta claramente de los anteriores en cuanto a contenidos, forma y lenguaje, lo que hace pensar que todo él se debe a un literato que no copia notas de otros o recoge tradiciones orales, sino que redacta a tenor de su estilo, utilizando las palabras y frases que de forma natural salen de su pluma.

⁸² Para Ribera, éste y el siguiente forman un sólo cuerpo; para Sánchez Albornoz son obra de autores distintos; frente a ellos, Chalmeta duda entre ambas opciones: en art. cit. p. 59, dice, al hablar de las estampas de los emires: “quizá habría de desglosar lo referente a 'Abd al-Raḥmān III”.

⁸³ Chalmeta, en *ibíd*, pp. 54, 59, atribuye esta parte al compilador que, piensa, escribía en el reinado de al-Ḥakam II (961-76). Sin embargo, en su obra *Invasión e islamización* (Madrid, 1994, p. 50) señala que el *Ajbar Maymū'a* fue puesto por escrito hacia el 328/ 940).

Si comenzamos por los contenidos vemos que no es una historia propiamente dicha en la que se transmitan, de manera cronológica y ordenada, los principales acontecimientos del gobierno de sucesivos monarcas. Es una crónica cortesana que reúne, como representativo de la vida de cada emir, anécdotas de procedencia variada, escenas palatinas o callejeras descritas por testigos oculares o por el mismo autor, a la vez que en ella se reproducen cartas, diálogos y poemas, y se ofrece un retrato más o menos detallado de los soberanos, en el que se destaca su piedad, sus dotes literarias, sus cualidades e incluso sus defectos. El interés del autor se centra en las personas que viven en la corte o que, por diferentes motivos, entran en contacto con los príncipes; ello explica que las mujeres, ausentes en los dos fragmentos anteriores, jueguen aquí un papel importante. No sucede lo mismo con los conflictos armados que, si bien abundaron en dicha época, no llaman la atención del compositor. Las alusiones a levantamientos forman parte de anécdotas, sirven para introducir un poema o son instrumento que permite resaltar la generosidad, inteligencia, astucia o valor del príncipe. Es como si el autor, frente al del fragmento anterior, no se sintiera afectado por el derramamiento de sangre, pero sí impresionado por las acciones heroicas, aunque sean protagonizadas por rebeldes, quizá porque es un cortesano no dispuesto a entregar su vida por causa alguna⁸⁴.

En lo que atañe al lenguaje son claras las diferencias con el propio de los fragmentos anteriores. Como ejemplo podemos aludir a la terminología introductora de anécdotas o relatos. Si en los precedentes la palabra *hadīṭ* se repite doce veces⁸⁵, aquí es sustituida por *ajbār*⁸⁶, y no vuelven a aparecer expresiones del tipo *hudiṭtu* (37.3) *kāna yuhaddiṭu* (72.14) o *qāla al-muḥaddiṭ* (77.14); ahora nos encontramos con *hakà naqala-l-ajbār* (135.13) o *hakà Fulānun* (120.11, 131.6-7), a la vez que se utilizan nuevos verbos en las expresiones impersonales “se cuenta, se narra de Fulano”: *ḍukira anna* (105.15; 124. 15); *ḍukira 'an* (120.12, 121.2, 141.15); *ḥukiya 'an* (126.4, 135.11) y *ḥukiya min*, (130. 13).

El estudio de la terminología empleada permite sumar dos nuevas observaciones. Esta parte, frente a las anteriores, carece de versiones divergentes, y contiene

⁸⁴ No olvidemos que atribuye la revolución del arrabal a “los más valientes del ejército de al-Ḥakam”(130.14); que cuenta con orgullo cómo “uno de los valientes” de las tropas de Ibn Ḥafsūn lanzó su espada contra la estatua de la puerta de Córdoba (151.7); o que transparenta su admiración por ese príncipe que, en la mitad de la pelea, tiene la sangre fría de pedir la algalia y el almizcle para perfumarse, porque desea que, una vez muerto, su cabeza se distinga del resto (131.4-5).

⁸⁵ Cfr. 29.8, 9; 37.11; 50.10, 51.1; 54.6 (2 veces); 56.3; 67.1,15, 85.14, 100.15.

⁸⁶ Cfr. 121.14; 135.13; 156.6; 159.12.

locuciones indicativas de que el autor ha elegido un determinado *jabar*, o está reproduciendo uno de los varios poemas, cartas, etc., de un príncipe o de otro personaje⁸⁷. Mayor interés tiene señalar la existencia de frases acreditativas de que el compositor ha tomado el relato directamente de un contemporáneo suyo por ser éstas las que permiten fechar el fragmento, lo que sucede en dos ocasiones, que corresponden a: “decía ‘Uṭmān b. al Muṭannā” (133.10), preceptor (muerto en 886) de los hijos de ‘Abd al-Raḥmān II y de los de Muḥammad⁸⁸; y “nos contó Muḥammad b. Walīd” (147.2), célebre tradicionista, que perteneció al círculo del emir ‘Abd Allāh y falleció en 921⁸⁹.

Otra particularidad es la de no estar estructurada de manera homogénea. Las narraciones dedicadas a Hišām, al-Hakam I, ‘Abd al-Raḥmān II y Muḥammad se inician con la frase: “y era el emir... hijo de ...” seguida de una breve descripción de sus virtudes (bondadoso, generoso, honrado, valiente, hombre esforzado, erudito, liberal, etc.)⁹⁰, mientras que las de al-Munḍir y de ‘Abd Allāh semejan ser complemento de la historia relativa a su antecesor Muḥammad. Los relatos de ambos son muy breves y se abre, el primero, señalando que estaba en la guerra de la cora de Rayya cuando conoció la muerte de su padre y, el segundo, con la indicación de que ‘Abd Allāh, el mismo día en que falleció al-Munḍir y se hizo cargo del poder, se encontraba sitiando a Ibn Ḥafsūn y fue abandonado por sus tropas al divulgarse la noticia. Dicha irregularidad nos lleva a preguntarnos si su autor no iniciaría la redacción de este cuarto cuerpo con el propósito de sumar a la historia de ‘Abd al-Raḥmān I solamente la de sus tres inmediatos sucesores, Hišām, al-Hakam I y ‘Abd al-Raḥmān II, y fue más tarde cuando decidió tomar notas sobre el resto de los emires omeyas con el pensamiento de ampliar su crónica. Suposición que, de ser acertada, obligaría a dividir “las estampas de los emires” en dos secciones, la segunda de las cuales sería copiada y concluida por el último redactor. La idea de que esta historia forma parte de un proyecto inacabado podría explicar el anuncio de un relato que no

⁸⁷ En el artículo citado en nota 5 realizamos un estudio detallado de todas estas locuciones que suelen iniciarse con un *wa min*.

⁸⁸ Cfr. al-Faradī, n° 1178 y SA, *Ajbār*, 143-4.

⁸⁹ Cfr. Ibn al-Abbār, *Takmila*, n° 322, y al-Dabbī, n° 294.

⁹⁰ Véase sucesivamente 120.4, 124.10, 135. 8, 141. 14, donde encontramos: *wa kāna-l-amīr ... b. ...* (más *ḥayran, šayā'an, ḥalīman, 'aḥḥan, ṣawādan, muḥaffaran fī hurūbi-hi, hasana-l-adab, etc.*).

se registra⁹¹, o el hecho de que, si bien, en la historia de ‘Abd al-Rahmān II, tras citarse por primera vez su nombre, se añade: *raḥīma-hu Allāh*, prueba de que había muerto, no se da el mismo tratamiento a Muḥammad, a pesar de se inicia siguiendo el esquema de la anterior. Por otro lado, al alabar los escritos y poesías de ‘Abd Allāh viene a decir que ninguno de “sus predecesores” le igualó (152.2-3), no incluyendo alusión alguna a sus “sucesores” como más tarde hará el cronista de ‘Abd al-Rahmān III (156.6).

3.3.2. En lo que respecta a su autor no hay duda de que estamos ante un hombre de temperamento, educación y aficiones muy distintas a las del compositor de los dos fragmentos precedentes. Para Sánchez Albornoz es un alfaquí, un cortesano, un adulador de príncipes y un apasionado por la buena poesía, “que escribe de primera mano y no a cierta distancia de los sucesos” (140). Para nosotros es un literato y poeta que vive en la corte y que, ansioso de no perder su status social, no duda en alabar a los monarcas y en plegarse a sus deseos. Por otro lado coincidimos plenamente con el mencionado erudito cuando insiste en destacar, basándose en múltiples argumentos, la indiscutible amistad con Walīd b. ‘Abd al-Rahmān b. Gānim⁹².

3.3.3. En suma, el perfil que se viene trazando del autor de este fragmento encaja perfectamente con la figura de Tammām b. ‘Āmir, literato, historiador y poeta, a la vez que ministro de Muḥammad, al-Munḍir y ‘Abd Allāh. Su posición en la corte le permitiría describir esas escenas que, se piensa, el autor contempló, o reproducir palabras y escritos que sólo un testigo presencial o un amigo de los protagonistas podía conocer. Por otro lado resulta natural que, en las reuniones palatinas, gustara narrar anécdotas de los soberanos a los que había tratado y memorizar, para luego tomar nota y repetir, aquellos relatos que otros contertulios sacaban a colación, lo que explicaría la presencia en esta parte de narraciones y anécdotas consignadas en otras crónicas hispanoárabes pues, no olvidemos que el primero de la saga de los Rāzī (m. 890) también formó parte de la corte de Muḥammad y que contemporáneos suyos son conocidos historiadores como ‘Abd al-Malik b. Ḥabīb. Finalmente, todas esas afirmaciones sobre los vínculos de afecto que le unían a los Banū Gānim han de

⁹¹ El autor, al hablar de la poesía recitada por Hāšim en el funeral de Muḥammad y que molestó a al Munḍir, por creerse aludido, añade: “mando que le prendiesen y después le mató, según se cuenta ampliamente en otro lugar” (149-50), cosa que no sucede ya que en el *Ajbār* no se le vuelve a mencionar.

⁹² SA, *Ajbār*, p. 146-7. Sobre referencias a este personaje en el *Ajbār Maʿmūʿa*, véase, pp. 144/126-7; 148/119, donde respectivamente reproduce sus palabras en defensa de Hāšim y el texto de una carta suya dirigida al soberano.

considerarse lógicas cuando sabemos⁹³ que tanto 'Abd al-Raḥmān como su hijo Walīd fueron también literatos y poetas y que el segundo desempeñó, al igual que Tammām, el cargo de ministro bajo Muḥammad.

3.4. Noticias sobre el reinado de 'Abd al-Raḥmān III

Ribera consideró que la historia del reinado de 'Abd al-Raḥmān III (151.11-165.7/133-142) formaba un sólo cuerpo con la de sus predecesores, tesis comúnmente admitida aunque la rebatió Sánchez Albornoz, esgrimiendo, entre otros argumentos, la existencia de discrepancias en cuanto al estilo y a la personalidad de sus autores así como la imposibilidad de que un mismo cronista tratase a uno de los alarifes de al-Ḥakam, y a la vez hubiera sido testigo de la muerte de 'Abd al-Raḥmān III⁹⁴. Según su opinión, el redactor de estos últimos folios era el compilador y escribía en los días de las revoluciones cordobesas, es decir, a comienzos del XI. Nosotros coincidimos en apoyar que estamos ante un personaje diferente, pero no en lo que respecta a su labor recopiladora ni a la fecha de redacción. Esta última la ubicamos en el periodo de al-Ḥakam II; primero, por considerar improbable que un cronista del XI o de tiempos posteriores no haga ninguna alusión a sucesos de importancia capital que tuvieron lugar tras la muerte del primer califa omeya; segundo, porque no es posible fijar una data anterior, cuando se dice que el reinado de 'Abd al-Raḥmān III duró cincuenta años, palabras que sólo pueden salir de labios de alguien que escribe después de su muerte.

En lo que atañe al otro punto, no creemos fuera el responsable de esas muchas frases y breves párrafos que, perteneciendo a los tres primeros fragmentos, suelen recibir el calificativo de "interpolaciones" y atribuirse al redactor de la última parte⁹⁵. Sin embargo no deseamos la posibilidad de que a él se debiera la introducción de las fechas y de esa frase que ha despertado el interés de los estudiosos por considerarla clave para conocer la época de su redacción final. Nos referimos a la localizada en el relato del gobierno de al-Samḥ donde, tras indicarse la intención del califa 'Umar de hacer salir a la gente de al-Andalus por lo muy alejadas que estaban de (los países) musulmanes, se añade (23.13): "y ojalá Dios le hubiera permitido vivir para hacerlo porque el destino les depara un fin desastroso, a no ser que Dios se

⁹³ Cfr. respectivamente Ibn al-Abbār, *Hulla*, ed. Dozy, pp. 89 y 95.

⁹⁴ Reunimos aquí, aunque no literalmente, algunas frases suyas de las pp. 154-5.

⁹⁵ Para nosotros, algunas son simples explicaciones del primer Tammām; otras, como venimos repitiendo, añadidos de su tataranieto, en un deseo de actualizar datos ofrecidos por su antepasado.

apiade de ellos”, frase que se acopla muy bien al carácter de este cronista y frase que, curiosamente, repite Ibn Ḥayyān con las mismas palabras, pero agregando “con los infieles”⁹⁶.

3.4.1. El examen comparativo de estos últimos folios con las páginas precedentes permite captar clara diferencia en cuanto al estilo de la narración y al tipo de relatos que incluye, sobre todo cuando nos fijamos en la primera parte cuya estructura es bastante extraña y en nada se asemeja a la de las anteriores. Se inicia con un brevísimo esbozo de las actuaciones del califa para detenerse repentinamente, al hablar de la toma del castillo de Ibn Ḥafūn, y anunciar la próxima llegada de dos sucesivas catástrofes. Después, va a ofrecer de nuevo una visión de conjunto de lo que fue la vida de dicho califa, en la que, como si estuviera recitando una lección de memoria, presenta, sin aderezo alguno, un resumen de sus logros al que adiciona la crítica de determinados comportamientos. Su interés reside en informar de la duración de su mandato, de la conquista de ciudades y castillos en tierras andalusíes y africanas, del sometimiento de rebeldes, obligándoles a convertirse en sus aliados, del envío de gobernadores y tropas para evitar la pérdida de los territorios anexionados a su imperio y de la destrucción de comarcas y fortalezas; en una palabra, de sus incontestables victorias sobre todo enemigo, sin olvidarse de mencionar su dedicación a los placeres y a la construcción de nuevos monumentos y de citar a los hombres de estado o sabios de los que se rodea. Es una exposición fría pero precisa en la que sólo deja transparentar sus sentimientos al hablar de la falta de piedad del monarca y de su cambio de actitud justo antes de celebrarse la batalla de Alhandega. Es entonces cuando, como si lo sufriera en sus propias carnes, critica de manera despiadada el comportamiento del soberano, al relegar a la nobleza árabe a un puesto secundario, situando por encima de ella a gentes de baja ralea, y cuando, además, parece alegrarse de la derrota del califa⁹⁷.

⁹⁶ Cfr. al-Maqqarī, *Annalectes*, II, 8, donde suma al aviso del final desastroso: *ma' al-kuffār*, prueba de que, al copiar el párrafo del *Ajbār* hacia el 1050, sintió la necesidad de aludir a los cristianos que empezaban a ser considerados como grave peligro, lo que no sucedía en fechas anteriores, al redactarse esta obra.

⁹⁷ Significativas son las palabras: “Se inclinó a los placeres mundanos; apoderose de él la vanidad; comenzó a nombrar gobernadores más por capricho que por méritos; tomó por ministros a personas incapaces y ofendió a los bien nacidos con los favores que otorgaba a los villanos, tales como Nayda y sus compañeros de la misma ralea. Dio a éste el mando de su ejército, le confió los asuntos de mayor importancia y mandó a los nobles de los *yund-s*, a los jefes del ejército y a los ministros, que eran árabes, supeditarse a él y acatar sus órdenes (...) El *yund* de la capital y los dirigentes de los distritos militares se pusieron de acuerdo para su derrota en la campaña del año 326” (155-6/135).

En esta parte no se reproducen diálogos, ni se escenifican hechos sucedidos, ni tampoco se narran anécdotas, a pesar de que su autor confiesa conocer muchas (156.6-7). Sólo cuando da por concluido este “resumen sobre su vida”, que termina con la enumeración de los hombres eminentes e ilustres que gozaron del favor del soberano, se detiene para añadir relatos de carácter distinto, informar del contenido de algunas cartas y, sobre todo, incluir poemas; parte, esta segunda, en la que cambia el estilo quizá porque repite de memoria palabras de otros.

El lenguaje no es tampoco idéntico al de las páginas anteriores aunque en una ocasión utiliza la expresión impersonal *dukira anna* (154.6). Comienza el fragmento con un *amma* ‘*Abd al-Raḥmān*, no emplea el “Dios tenga misericordia de él”⁹⁸ sino “Dios le perdone” (155. 9) añadiendo incluso “y también nos perdone a nosotros” (156.14), e introduce dichos del soberano mediante *ammā qawlu-hu* (162.9). Por otro lado, si nuestra sospecha -de que completó los apuntes de la historia del último emires acertada, a él pertenece también la fórmula *amma ba'd*, que sólo encontramos como apertura de un pasaje sobre ‘Abd Allāh (152.8-9).

3.4.2. No hay duda de que este fragmento es obra de un autor de temperamento, carácter y aficiones diferentes a las de los otros dos redactores. No es un literato ni un poeta de espíritu sensible al que atraigan los relatos pintorescos o las anécdotas curiosas. No es tampoco un adulator sino un hombre frío e intransigente, que se atreve a juzgar al califa y a criticar su vanidad, su inclinación por los placeres mundanos y que se rodee de ineptos y villanos por no saber elegir a las personas apropiadas. Características que nos llevan a identificarle con un alfaquí, categoría social a la que suelen pertenecer gentes puritanas e incluso fanáticas que no perdonan desliz alguno cuando se trata de seguir las prescripciones coránicas.

Por otro lado semeja ser un hombre al que preocupan los vaticinios, a no ser que su inclusión responda a motivos personales, o sea, a augurar el fin de la dinastía omeya si el soberano no cambia de actitud. Lo cierto es que reproduce aquí una de esas profecías escatológicas que circulaban en los siglos IX y X, en las que se anunciaba la caída de los omeyas andalusíes y la llegada del fin del mundo⁹⁹.

3.4.3. Finalmente y en lo que atañe a identificar a su autor con una persona en particular, hemos de confesar la carencia de datos suficientes. La escasa información que ofrecen los biógrafos sobre ese sabio y, posiblemente alfaquí toledano, Abū

⁹⁸ En este cuerpo, a pesar de mencionarse a menudo el nombre del califa, sólo en una ocasión, al introducir la poesía que cierra esta obra, se añade, *raḥima-hu Allāh ta'ālā* (164.1)

⁹⁹ Sobre estas profecías y su presencia en la obra de Ibn Ḥabīb, cfr., Aguadé, I., ‘*Abd al-Malik b. Ḥabīb, Kitāb al ta'rij*, Madrid, 1991, pp. 88-100.

Gālib Tammām nos obliga a movernos de momento en el terreno de las hipótesis, a la espera de encontrar nuevas noticias sobre él o de localizar a algún pariente o allegado de dicha familia que encaje con el perfil del autor de estos últimos folios.

CONCLUSIONES

Aprovechamos este último epígrafe, el propio de las conclusiones, para ofrecer nuestra opinión sobre cómo se fue creando esta obra y la participación de los mencionados autores en sus diferentes fragmentos, aunque lo hacemos conscientes de que podemos no acertar en algunas de nuestras apreciaciones.

El *Ajbār Maymū'a* es una obra original que ha sido básicamente concebida por dos miembros de una familia árabe, que conjuntamente gozaron de la amistad de los sucesivos soberanos omeyas, desde Ibn Mu'āwiya hasta 'Abd Allāh, inclusive, y a los que biógrafos e historiadores denominan de la misma forma.

La inició Tammām b. 'Alqama en el siglo VIII, cuando aún vivía 'Abd al-Raḥmān I, con el propósito de que no cayera en el olvido la historia de esos sirios que, junto a él, entraron en la Península con Balý, en el 741.

Si bien en dicho periodo redactó un primer cuerpo que concluía con la muerte del último gobernador Yūsuf, siguió tomando nota de los tristes acontecimientos que, afectando directamente a antiguos compañeros, sembraron de sangre la Península durante el reinado del restaurador de la dinastía omeya andalusí. Es probable que en ellos incluyera algunos apuntes sobre los dos siguientes emires, en cuya corte vivió, y/o referentes a la época de la conquista aunque, de ser así, estaríamos ante anotaciones sueltas que precisarían ser ordenadas y redactadas de nuevo.

Cuando Tammām b. 'Āmir, a la muerte de su tatarabuelo, se hizo cargo de los papeles del archivo familiar decidió ampliarlos y proseguir su crónica. Todo parece indicar que primero copió fielmente la "crónica siria" y "los anales de 'Abd al-Raḥmān I", reproduciendo incluso palabras y expresiones que habían caído en desuso, pero completándolos con todas esas interpolaciones que se atribuyen a un alfaquí de tiempos de Abd al-Raḥmān II. De su pluma ha salido la anécdota de al-Ṣadfūrī, varios añadidos cuya función es actualizar noticias proporcionadas por su antepasado y diversas menciones a Abd al-Raḥmān b. Gānim. Por otro lado, dado su carácter nada valiente y su posición en la corte decidió hacer los cambios necesarios para que no fuera posible descubrir a ese pariente que criticaba comportamientos de los omeyas.

Este segundo personaje es el que continuó el llamado *Ajbār Maymū'a* con dos

nuevos capítulos que debió redactar poco después de la muerte de 'Abd al-Raḥmān II, aunque, en este caso, resulta muy difícil precisar el orden que siguió. Del relativo a la conquista y al gobierno de los *walies* sólo creemos estar seguros de que no se puso definitivamente por escrito antes del periodo de Muḥammad y se basa en tradiciones orales de procedencia diversa como lo prueba el que en ellas se mezcle el lenguaje propio de épocas distintas. Algunas podrían recoger notas de su antepasado, otras haber sido tomadas de narradores o de compañeros palatinos, pero todas compartirán la función de transmitir acaceres de una primera etapa histórica que atrajeron la atención de una familia en particular.

En lo que respecta a “las estampas de los emires cordobeses” es nuestra opinión que concluiría, al igual que su *urǧuza*, con la muerte de 'Abd al-Raḥmān II y sería redactada poco antes o poco después del poema, según fuera su propósito reunir información del periodo que pensaba narrar en verso o concebirla como historia en prosa que sirviera de complemento a la anterior. Asimismo, creemos que fue años más tarde cuando decidió ampliar de nuevo los contenidos del *Ajbār* y que, después de iniciar la historia de Muḥammad, ateniéndose al esquema elegido para los tres príncipes precedentes, siguió tomando apuntes con el propósito de ordenarlos y completarlos más adelante, propósito que la muerte le impidió llevar a cabo.

Existe un tercer redactor en cuyas manos cayó esta obra inacabada y que decidió concluirla aunque su aportación y su nombre resultan más difíciles de concretar. Es posible que fuera el mencionado sabio de la corte de al-Ḥakam, Abū Gālib Tammām, pero también pudo serlo otro miembro de la familia, cuya historia desconocemos, o incluso un discípulo o amigo de los Tammām b. 'Alqama que compartía sus mismos sentimientos. En uno u otro caso respetó el contenido de los papeles, en los que únicamente realizó, según nuestra opinión, un mínimo de interpolaciones, las señaladas con anterioridad. Una vez concluida esta primera tarea, copió la historia de los tres últimos emires omeyas, completó la de 'Abd Allāh, compuesta tal vez por apuntes desordenados donde se recogían poemas y anécdotas, sin señalarse su muerte, y sumó la crónica de 'Abd al-Raḥmān III, el último soberano omeya, ya fallecido, del que no guardaba buenos recuerdos.

Finalmente, creemos que el *Ajbār* se concluyó en tiempos de al-Ḥakam II cuando dicho príncipe ordenó que se pusieran por escrito “las narraciones que podían perderse”. Como miembro o amigo de la familia, el último redactor quiso que esta historia fuera conocida, pero tuvo mucho cuidado de presentarla como obra de procedencia ignorada que había caído en sus manos, para conseguir, de ese modo, no manchar la imagen de un grupo familiar que todos consideraban ligado a los omeyas y que, por lo tanto, no podía ser responsable de frase alguna que pudiera ofenderlos.

No hay duda de que logró su propósito y que, gracias a él salió a la luz una historia de al-Andalus muy distinta a la transmitida por los cronistas oficiales, historia que muchos utilizaron pero cuya existencia ninguno se atrevió a confesar. Si buscamos el motivo, podríamos sugerir dos razones. Primero, porque cuando se alteran los textos que se copian, por no compartir su espíritu, es lógico que se silencie el nombre de la fuente objeto de manipulación. Segundo, porque no se puede atribuir una obra a una familia que, para no comprometerse, niega su autoría, aunque en tales circunstancias no es posible impedir la propagación de rumores que con el tiempo alguien termina plasmando por escrito, como pudo suceder con Ibn Dihyà, biógrafo que atribuye a “Tammām b. ‘Alqama” la composición de una crónica en prosa. Noticia que carece de sentido si en círculos literarios no hubieran surgido voces asociando dicho nombre con el del compositor o compositores de una historia de al-Andalus que bien podría ser este misterioso *Ajbar Maymū‘a*, que tantas interrogantes ha planteado.